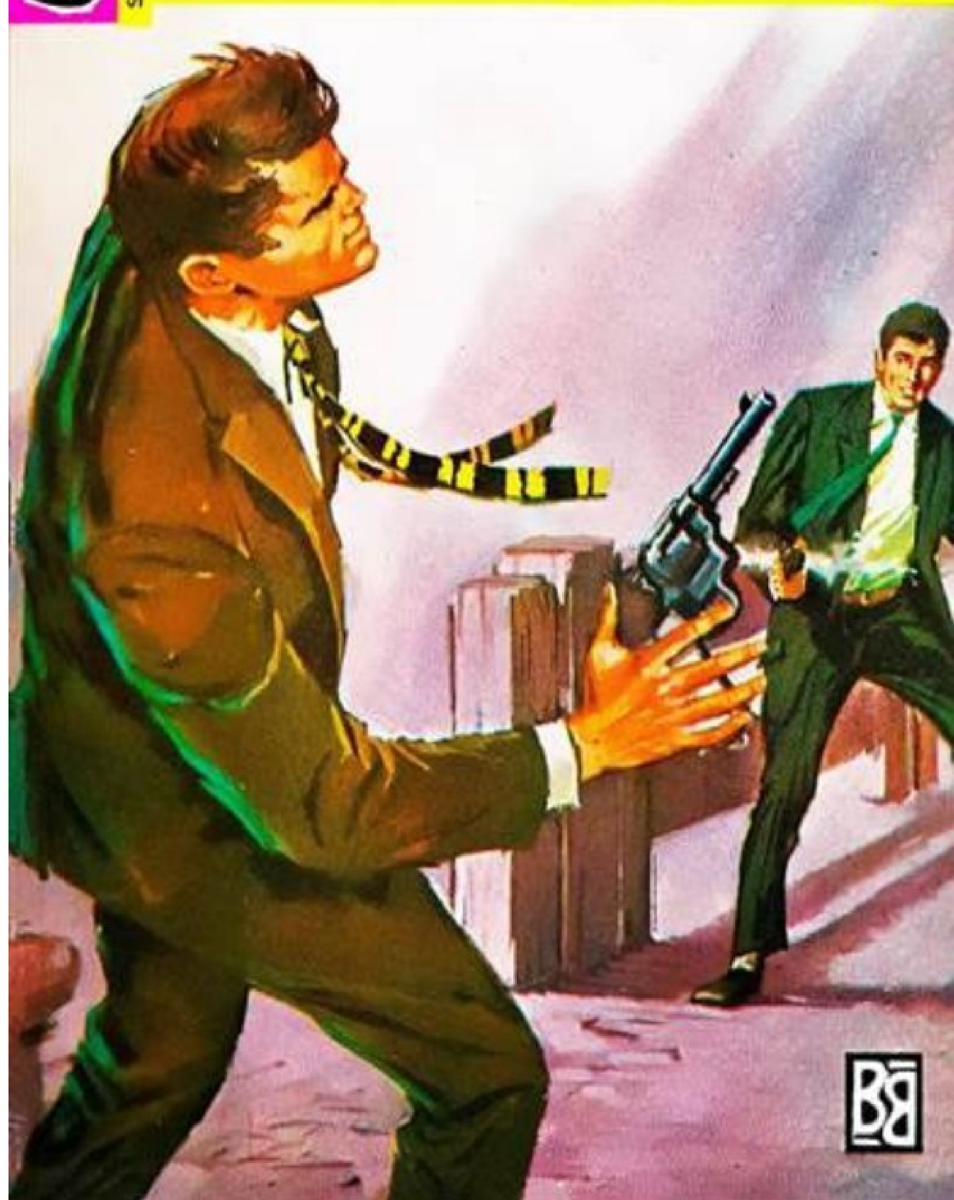
SS

SERVICIO SECRETO

PERSECUCION EN PARIS

cliff bradley



PERSECUCIÓN EN PARÍS

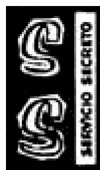


CLIFF BRADLEY

PERSECUCION EN PARIS

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 719
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



DEPÓSITO LEGAL B 28238-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPASA

1.ª edición: diciembre 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 6346/64

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

672 — El que sabe matar.

En Colección BÚFALO:

523 — Polvo, rocas y viento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

603 — El pasado amenaza.

En Colección ASES DEL OESTE:

221 — Donde los ríos nacen.

En Colección BRAVO OESTE:

193 — Un caballero del Este.

En Colección COLORADO:

301 — Oro y plomo.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

113 — Caza mayor.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

33 — Miedo en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:

133 — El azar vengador.

CAPÍTULO PRIMERO

DE haber estado durmiendo —aunque tenía el sueño muy ligero— es posible que Luis de Soto no hubiera oído el leve ruido al otro lado de la puerta de su habitación. Pero como no estaba dormido —a pesar de ser más de las dos de la madrugada— sí que lo oyó.

Levantando la vista de la novela con que buscaba llamar al sueño, miró hacia la puerta. Alguien estaba hurgando en la cerradura con sumo cuidado.

Ahora bien; cuando a tales horas de la madrugada alguien intenta abrir la puerta de un departamento de hotel en París o en Shanghai, no suele ser con el exclusivo objeto de llevar un ramo de flores a su ocupante. Luis de Soto lo pensó así y obró en consecuencia.

Cerrando la novela, la dejó sobre la mesita de noche, abrió despacio el cajón de esta y extrajo una hermosa “Luger” pavonada, fiel compañera suya desde los días de la guerra. Luego se deslizó fuera del lecho sin hacer más ruido que una serpiente sobre cristal liso y apagó la lámpara de pie.

El dormitorio quedó en una suave penumbra. Por la abierta ventana entraba la luz azul de la noche estrellada y la amarilla de los faroles callejeros, junto con el apagado rumor del tráfico en el cercano *boulevard*. La calle transversal a donde daba, permitíale ver un dentado panorama de tejados y chimeneas recortados sobre el negro claro de la noche.

En la puerta del departamento sonó un ligero chasquido al ser abierta, y una raya de luz atravesó la salita en diagonal, tapándose enseguida y volviendo a aparecer para ocultarse definitivamente al ser cerrada la puerta. Un rumor de pasos cautos se siguió.

Una de las cualidades adquiridas por De Soto en sus pasados

tiempos de hombre de acción era la de moverse con la suave rapidez de un gato; otra, la rápida adaptación de sus ojos a la oscuridad. Con ligera sonrisa a flor de labios y el arma preparada se deslizó hacia la puerta de comunicación de la alcoba con la salita. A sus oídos tensos llegó el tenue rumor de una respiración agitada. Y la claridad que entraba por la ventana de la salita permitióle ver una figura gris avanzando con suma cautela hacia él, demasiado borrosa para ser precisada. De Soto pensó que era raro que el ladrón no utilizara una linterna para guiarse. Bueno, él le iba a ahorrar la molestia…

Su mano izquierda tanteó la pared hasta dar con el conmutador. El intruso se estaba acercando lentamente…

Movió hacia arriba la palanquita, sonó un leve chasquido y la habitación llenóse de súbita luz.

Un corto grito y una interjección se cruzaron como pájaros en huida.

Momentáneamente aturdido por lo inesperado, De Soto quedóse mirando a su nocturno visitante… y a la pequeña pistola niquelada que empuñaba a medio levantar.

Delante de él; a dos metros escasos, tenía una de las más hermosas mujeres que nunca hubiera visto… Y había conocido muchas.

Una muchacha alta, delgada, de rostro oval, rojos cabellos y ojos de esmeralda que le miraban enormemente abiertos por el sobresalto y la aprensión.

En la pálida cara, ten suave como cera, resaltaba el dibujo de su boca un tanto grande y entreabierta como gota de sangre entre la nieve. Un traje de calle, de cuerpo ajustado y amplia falda, resaltaba la gracia y esbeltez de su figura. La mano izquierda, fina, blanca y larga, con uñas cual rubíes, sujetaba nerviosa un bolso. La derecha empuñaba firme la pistolita… apuntada hacia De Soto.

Lentamente, la mirada de este recorrió de pies a cabeza a la muchacha, mientras se hacía cargo de la situación. Su cerebro estaba funcionando con extraordinaria rapidez, sopesando todos los detalles. Y decidió enseguida que no era una ladrona. Al menos no una ladrona corriente y vulgar.

Ella se estaba serenando también a toda prisa. Lo leyó en sus ojos y decidió anticiparse en el ataque.

—Bien —habló irónicamente—, en mi vida he recibido muchas sorpresas, pero ninguna tan agradable… ¿No quiere pasar un momento, *mademoiselle*? Perdone mi indumentaria, pero no esperaba su visita.

Los ojos verdes parpadearon, delatando el desconcierto de su dueña.

—Yo… Creo que le debo una explicación.

Tenía una voz exquisita, rica en modulaciones. De Soto asintió, sin dejar su sonrisa.

—Sí, eso creo yo también. Pero, para empezar, ¿no le parece conveniente guardarse ese juguete? Me pongo muy nervioso cuando me apuntan con uno al estómago, por bonita que sea quien lo hace.

Ella pareció titubear. Luego obedeció. Y De Soto bajó la suya, señalándole una butaca.

—Así está mejor. Y ahora, si no tiene inconveniente, tome asiento y me contará los motivos que la han inducido a visitarme a una hora tan intempestiva y sin anuncio previo.

Ella estaba ahora de nuevo sobre sí.

—Comprendo sus sospechas, señor, pero…

Se detuvo, tendiendo oído al pasillo, y sus ojos expresaron súbita alarma.

—¡Oh! ¡Me han seguido…

No era fingido su terror. Frunciendo el ceño. De Soto inquirió:

—¿Seguido? ¿Quién? ¿La policía?

—No… Ellos… Son… ¡Por favor, he de escapar!

Le miró suplicante, añadiendo:

—¿Hay algún sitio por donde pueda salir de aquí? Si no lo logro, me matarán…

—Esa es una seria afirmación —repuso De Soto fríamente—. ¿Qué es lo que ha hecho, y quién la persigue? Si me lo dice, tal vez pueda ayudarla.

—¡No…! ¡No puedo hacerlo! ¡Yo…! ¡Ya es tarde…! ¡Se han detenido aquí!

Era verdad. En el pasillo se habían ido acercando pasos pesados, parándose junto a la puerta. Y ahora se escuchaban voces discutiendo algo en voz baja.

De Soto miró a la joven, viendo el terror y la desesperación mezclados en sus verdes pupilas. También la fría decisión del que sabe se ve perdido y quiere vender cara su vida. Fuese quien fuese, y por lo que fuese, resultaba evidente que los hombres de afuera constituían un serio peligro para ella.

Aquello decidió a De Soto.

La tomó del brazo cuando ella volvía a extraer la pistolita.

—¡Deje eso! —continuó en voz baja—. ¡Venga!

Sin replicar, ella le siguió al dormitorio. Allí, De Soto dio la luz y le señaló la cama.

—¡Métase en ella! ¡Pronto!

los ojos verdes le miraron suspicaces.

—¿Que se propone?

—Salvarla. Entre en la cama y tápese hasta el cuello. ¡Aprisa!

Sin más oposición, ella obedeció. De Soto atrapó su bata.

—Quédese quieta ahí.

Poniéndose la bata regresó a la salita. Afuera habían cesado de discutir, y alguien estaba tanteando la cerradura.

Con la pistola empuñada dentro del bolsillo de la bala, De Soto fue a la puerta haciendo ostensible ruido. Vio cómo el pestillo, que comenzaba a abrirse, se volvía a cerrar, lo asió tranquilamente y abrió.

Frente a él, en el pasillo, había tres hombres.

Por un instante quedáronse mirando los cuatro.

El trío que De Soto tenía delante parecía desconcertado por su súbita aparición. Tres hombres bien vestidos, de rostros y miradas duros, a quienes Luis clasificó enseguida. Fuera lo que fuese, la desconocida tenía motivos para atemorizarse si aquellos individuos iban tras ella.

Enarcó una ceja con perfecto ademán interrogativo.

—¿Y bien…?

Los tres se repusieron a toda prisa, y estaban catalogándolo ahora.

—¿Es usted el inquilino de esta habitación? —inquirió el más alto de ellos. Su francés tenía un cierto dejo raro, aunque era correcto.

—Así es, aunque no veo que pueda importarles. ¿Y puedo saber

qué hacían hurgando en mi puerta?

—Somos policías. Estamos siguiendo los pasos a una ladrona. Nos ha parecido verla entrar aquí.

De Soto sonrió para sus adentros. O él tenía mucha cara de tonto, o aquellos individuos lo eran más de lo que aparentaban.

—¿Y es costumbre de la policía francesa descerrajar las puertas a media noche por solo una sospecha? Van a tener que enseñarme sus carnets, señores. Y luego me quejará a la dirección del hotel, también a la Sureté. Mi esposa se ha asustado tremendamente, creyendo que entraban ladrones. Sí, señor, voy a escribir a los periódicos que no engañen de ese modo a los turistas diciendo que este es un país donde se tienen los máximos respetos a las leyes. ¿Lo estás oyendo, queridita? Dicen que son policías y persiguen a un criminal… Cálmate, que ahora mismo voy a hablar con el gerente… O mejor, tú llámalo mientras yo entretengo a estos hombres. No me gusta nada su excusa.

Estaba mezclando palabras españolas con las francesas en rápida sucesión, con un propósito preconcebido. Y a juzgar por las caras del trío, lo había logrado. El más alto de ellos se puso conciliador.

—Bueno, amigo, no hay para tanto… Nosotros creímos que entraba aquí… No es preciso que alborote el hotel… Les pedimos perdón a usted y su esposa… Comprenda, un error…

—Está bien, caballeros. Acepto sus excusas. Y ahora les agradeceré que se marchen y nos dejen en paz. Mi mujer está muy nerviosa, llevamos una semana casados y ayer mismo llegamos a París.

Los tres hombres cambiaron entre si miradas de perro apaleado y, sin más, dieron media vuelta, siguiendo pasillo adelante. Desde la puerta. De Soto oyó al más alto hablar a los otros con frases secas como latigazos.

Y una honda arruga cruzó su frente.

Cuando doblaron el pasillo, cerró la puerta, volviendo a la alcoba.

—Y ahora, mi bella des…

Se detuvo en seco. La alcoba estaba vacía.

Con una seca interjección, corrió a la ventana.

Estaba alojado en el quinto piso del hotel y este era bastante moderno, mucho más que las casas que le rodeaban. El arquitecto había adornado las pareces con balconadas y relieves de ladrillo, una cornisa salediza, desde el piso de abajo, daba sobre el tejado de la casa aledaña que, a su vez, tenía una pequeña terraza donde los vecinos acostumbraban a tender la ropa y tomar el sol.

A uno de los barrotes de su ventana había sido atada una sábana del lecho. La otra, anudada a ella, llegaba hasta el balcón de abajo.

No tuvo que esforzarse mucho para comprender lo ocurrido… y sorprenderse de su propia estupidez.

Cuando estaba terminando de hacerlo vio aparecer a la desconocida en la acera, saliendo de la casa cercana. La vio mirar hacia arriba y hacerle un ademán con la mano. ¿De burla? ¿De saludo?

Aún estaba pensándolo cuando ella cruzó con pasos rápidos la acera perdiéndose en una calle transversal.

Con una mueca furiosa, monologó:

—Pues te has lucido en la aventura, amigo. Por lo visto vas perdiendo facultades… Bueno, retira al menos esas sabanas de ahí, no vayan todavía a meterte en más enredos. ¿Quién diablos será esa muchacha? ¿Y por qué…?

—¡Levanta los manos, pronto!

En cualquier parte del mundo y a cualquier hora del día o de la noche, era una orden a la que un hombre sensato obedece enseguida y sin chistar. Luis de Soto era un nombre sensato.

Se volvió lentamente, dando cara a los tres tipos de antes. Los tres estaban apuntándole con sus pistolas y en sus caras no había ni sombra de cordialidad.

Luis se maldijo a sí mismo interiormente por su estupidez. Debió haber prevenido que el trío no iba a dejarse engañar fácilmente por su exhibición histriónica y que obrarían en consecuencia.

No obstante, sonrió, como si aquella fuese una grata sorpresa.

—¡Vaya? ¡Otra vez la cortés policía francesa! ¿Aún siguen empeñados en descerrajar puertas de hotel?

—¡Basta de bromas! —estalló rudamente uno de ellos, tipo

moreno, bajo y fornido, de prominentes mandíbulas y mal francés —. ¿Dónde está Wanda?

—Pues no lo sé… Tal vez si me dicen quién es ella…

El hombro dio un paso adelante con seca interjección en alemán y levantó el brazo armado, golpeando a Luis con la pistola. De Soto conservaba la suya en el bolsillo de la bata… y todo su sentido común.

Se limitó a esquivar el golpe de modo que, en vez de romperle la mandíbula, solo le dio de refilón. Aun así, le hizo tambalear.

—¡Habla, perro! ¿Dónde está?

—No lo sé. No sé quién es Wanda… y tampoco dónde puede estar.

El otro volvió a levantar el arma, brillando en sus ojos un destello homicida. Pero la voz del más alto le frenó.

—¡Espera, Wolf! Cachéale a ver si lleva armas.

Salló a relucir la "Luger". Y los tres hombres se le acercaron más.

—Vaya, de modo que bien armado…

—La tengo hace años. La tomé cuando ustedes quisieron abrir la puerta.

Fue entonces cuando uno de ellos vio las sábanas y se las señaló a sus compañeros.

El individuo alto fue al balcón, permaneciendo un rato mirando a fuera. Los otros dos vigilaban a De Soto como perros de presa a un ciervo atrapado.

El alto regresó junto a él. Habían cambiado sus modales, haciéndose más suaves y ominosos. Le señaló una butaca.

—Siéntese.

Luis obedeció. Las tres pistolas le apuntaban implacables.

—Usted nos ha engañado —prosiguió el alto con el mismo tono frío e impersonal—. Nos dijo que estaba casado y tenía a su esposa en esta habitación. Eso es mentira. Lo comprobamos en el "comptoir".

—Bueno ¿y qué? Conocí a una joven anoche, en el "Ambassy". No es un crimen…

—Eso es otra mentira. Usted no trajo aquí ninguna joven esta noche. La mujer que había aquí dentro aún no hace veinte minutos

es la que nosotros perseguimos. Usted nos despistó adrede y la ha ayudado a escapar. Ahora nos va a decir dónde ha ido, ¿comprende? O no verá salir el sol. Wolf le cortará el cuello.

De Soto sintió brotarle el sudor frío de las axilas y correrle cuerpo abajo. De sobra sabía que su interlocutor no bromeaba. Creía saber con qué clase de gente se estaba enfrentando, y la saliva se le secaba en la garganta… que Wolf le cortaría con tanta tranquilidad como so descabeza un pollo, si no hablaba.

Decidió hacerlo. Después de todo, la cosa no le iba ni venia.

—Bueno, eso no es una perspectiva que me agrade —dijo con una mueca—. Creo que valdrá más les cuente lo ocurrido. Pero repito que no sé quién puede ser esa Wanda. Escuchen…

Hizo con todo detalle el relato de lo sucedido. Los tres le escuchaban con cara impenetrable, sin mover un músculo… y tampoco las pistolas que le apuntaban.

—Eso es todo —terminó—. Y si no me creen, peor para ustedes. Yo creí obrar bien ayudando a una mujer asustada y ya veo que me he metido en un buen lío. Eso me pasa por idiota. Así escarmentaré.

—Levántese.

—Escuche, no irán…

—Vuélvase de espaldas.

De Soto obedeció, sintiendo cómo la sangre se le enfriaba. Un tiro en la nuca, un puñal entre las costillas… ¿Por qué demonios se dejó llevar de su quijotesco impulsó? Ahora lo iba a pagar caro…

Pero no hubo tiro ni puñalada. Algo muy duro golpeó su nuca produciendo un estallido de luces en su cerebro y luego se hundió a plomo en la negra inconsciencia.

CAPÍTULO II

ALGUIEN estaba pegando martillazos en alguna parte. ¿O era en su cerebro? Este le dolía como si sobre el pasaran caballos al galope arrastrando cañones pesados que al mismo tiempo iban disparando en sus oídos.

Quiso abrir los ojos y el dolor se los obligó a cerrar. Por fin pudo abrirlos del todo.

Una luz viva llenaba el dormitorio. Los tubos fluorescentes estaban encendidos, pero su propia luz palidecía ante la diurna. Del lado del pasillo alguien aporreaba la puerta y llegaban voces excitadas, todo lo cual repercutía dolorosamente en su cerebro.

Se dio cuenta entonces de que estaba tendido en el suelo; quiso incorporarse y le entró una violenta náusea. En el tercer intento lo logró, pero la habitación bailaba ante sus ojos.

Y entonces se dio cuenta de que por ella parecía haber pasado un ciclón.

Todo estaba patas arriba, sus prendas desparramadas por el suelo, las butacas despanzurradas, sacados y volcados los cajones, la cama deshecha… Su propia pistola en el suelo, a sus pies.

Se agachó a recogerla, dominando las violentas arcadas que le acometían. Aquellos tipos habían realizado un trabajo concienzudo, por lo visto. ¿Qué buscarían?

La cabeza le daba vueltas y cuando se palpó la nuca descubrió un descomunal chichón, un corte no menos interesante y sangre pegando sus cabellos a su piel. Bueno, después de todo, no se habían portado tan mal…

Afuera estaban hurgando la cerradura y sonaban voces excitadas. Fue a abrir, sorteando malamente los muebles derribados. Por la salita también había pasado el ciclón.

Estaba a su mitad cuando se abrió la puerta de golpe dando

paso a un torrente de personas. Dos gendarmes, el policía del hotel, el conserje, botones, huéspedes a medio vestir… Todos le rodearon hablando y gesticulando al mismo tiempo en el mareante francés de París. Y De Soto no sintió ningún escrúpulo en marearse.

Cuando volvió de nuevo en sí, la barahúnda se había calmado bastante y solo quedaban allí tres gendarmes y media docena de empleados del hotel, a más del gerente, todos los cuales le miraban como a un bicho raro y comenzaron a preguntarle a un tiempo.

Luis les frenó levantando una mano.

—¿Y si me dieran un coñac?

Le trajeron seis dedos en un vaso de agua, que apuró de un trago, sintiéndose mejor. Uno de los gendarmes impuso su autoridad y comenzó a hacer preguntas, que Luis contestó débilmente. Nada sabía. La noche antes se despertó creyendo oír ruidos y fue a averiguar lo que pasaba. Al entrar en la salita le habían sacudido un buen porrazo… y eso era todo. Acababa de volver en sí.

Le trasladaron a otra habitación del mismo piso entre la curiosidad de los clientes y allí fue un médico a recomponerle su averiada cabeza. Después de una concienzuda cura y un suculento almuerzo se encontró con fuerzas para regresar a su dormitorio y hacer inventario de sus propiedades.

Pronto descubrió que le habían robado todo el dinero, los documentos, el reloj… Pero él sabía que no era eso lo que buscaban sus asaltantes. No obstante, dejó que la policía así lo creyese, seguro de que no habían de encontrar a los autores del desaguisado. Él sí que los encontraría… Y aquel tipo, Wolf, iba a pagarle el culatazo. Además, iba a averiguar qué clase de juego se llevaba entre manos la pelirroja Wanda… y a tomar parte en él por su cuenta. Luis De Soto, no era de los hombres que dejan impune un trato como el que acababa de recibir aquella noche ni una aventura excitante en sus comienzos.

Empleó el resto del día en descansar. Sabía bien la clase de partida que se disponía a jugar y que para ello necesitaba entrar en plena posesión de todas sus facultades, tanto físicas como mentales. Cuando cayó la noche, abandonó el hotel.

Iba decidido a dirigir sus pasos hacia Montmartre, pero al cruzar el vestíbulo, blanco de todas las miradas —pues el asalto de

la madrugada anterior le había convertido en un objeto de interés para la clientela del hotel cambió de idea súbitamente y, en vez de llamar un taxi, declinó la untuosa oferta del portero.

—No, quiero pasear. Aún me duele mucho la cabeza. Me iré hacia el Sena, gracias.

En el primer escaparate que miró pudo convencerse de que el individuo de terno azul que viera recostado en una de las columnas del vestíbulo leyendo un periódico lo seguía, como supuso. Tranquilamente, como un respetable paseante sin prisas, deambuló por calles cada vez más solitarias y peor alumbradas, acercándose al río. El hombre del traje azul le seguía invariablemente a treinta pasos.

Al llegar a la rue Dupray, Luis apresuró la marcha y de pronto, torció la esquina de la obscura y estrecha rue Francet… pegándose a la pared y esperando. Treinta segundos más tarde el hombre del terno azul doblaba la esquina… y se paraba en seco con una sorda interjección, al ver a Luis delante con la diestra metida en el bolsillo de la chaqueta.

—No me gusta que nadie me siga los pasos, amigo —habló Luis fríamente—. Prefiero ir yo detrás. Así es que pase delante, ande despacio y ojo con las manos, si le gusta la vida. Yo guiaré.

El hombre vaciló unos instantes. Pero algo en el tono de voz de Luis resultaba mortalmente peligroso y se decidió por obedecer.

Anduvieron unos metros por la calle casi desierta. De Soto inquirió en voz lo suficiente alta para que el otro lo oyera:

—Mientras paseamos, vaya contándome por qué y a cuenta de quién me estaba espiando.

—Yo no le espío a usted. Iba siguiendo mi camino…

—Ya. Y por pura casualidad resulta ser el mío. Es mejor que cambie el disco, si no, le pesará.

—Es a usted a quien va a pesarle…

—Escuche, amigo. Sus amos tendrán mucho poder, pero aquí, en París, han de andarse con pies de plomo. Y en lo que a mí respecta, se han equivocado de medio a medio. No soy hombre que se deje seguir y golpear impunemente. ¿Está bien claro? Tuerza a la derecha.

Era un callejón aún más sombrío. El hombre, tras corta

vacilación, se metió en él. De pronto so revolvió con la rapidez de una serpiente. En su mano derecha brillaba algo débilmente cuando la lanzó hacia adelante en busca del estómago de Luis.

Pero este estaba en guardia. Su propia mano izquierda atrapó al vuelo la armada muñeca en una presa férrea, desviando el golpe mortal, y un segundo después la culata de su pistola aplicaba un golpe feroz en plena cara del otro.

Con un gruñido sordo, el hombre se tambaleó. Pero debía tener una resistencia extraordinaria, pues casi enseguida atrapó a su vez la muñeca de Luis. Los dos forcejearon intensamente en la oscuridad del callejón. Por diversos motivos, a ninguno le interesaba que la policía acudiese y la pelea se deslizó silenciosa y salvajemente. Músculo contra músculo, utilizando todas las tretas sucias y reprochables de la lucha.

Ambos se dieron cuenta pronto de que tenían en el contrario un hueso muy duro de roer. Y ninguno de los dos tenía el menor interés en ser vencido porque la derrota significaba la muerte.

El cuchillo rasgó la manga de Luis, produciéndole un largo y doloroso arañazo. Torció la muñeca hacia arriba y atrás, poniendo en el esfuerzo todas sus energías, y el otro hizo lo mismo con su brazo armado de pistola.

Entonces, Luis recurrió a una treta.

De pronto, dejó caer el arma y con un esguince veloz liberó la muñeca, revolviéndola en un amago de golpe. El otro intentó evitarlo con un gesto instintivo… y todas las energías de Luis se concentraron instantáneamente en la mano con que doblara la del cuchillo.

La afilada hoja cambió de rumbo, hundiéndose en el pecho del que la empuñaba. Con un ronco “¡Aagh!” de dolor, el hombre se envaró, dejando momentáneamente de luchar. De Soto aprovechó la oportunidad para asestarle un formidable mazazo en la sien que lo derrumbó como una res sacrificada.

Tras recoger su pistola, examinó a su rival. No estaba muerto, aunque sí bastante malherido e inconsciente. Tomándolo por los sobacos lo arrastró detrás de un montón de basuras y latas vacías, procediendo a registrarle los bolsillos y trasladar su contenido a los suyos propios. El hombre llevaba una pistola en una funda sobaquera. La dejó allí.

—Bueno —murmuró levantándose—, si consigues llegar con tus amigos puedes contarles que Luis de Soto se cobró ya la faena de anoche.

Salió a la rue Francet, andando deprisa mientras se recomponía la ropa limpiando las huellas del combate. Al primer taxi que tropezó lo hizo parar.

—Rue D'Anglars. Aprisa.

Se retrepó en el asiento, tanteándose el brazo herido. Dolía, pero no era gran cosa. Bueno, por esta vez había sido el mejor librado…

Examinó lo robado a su contrincante. Un pañuelo no muy limpio, un encendedor, un paquete de cigarrillos ingleses, unas monedas… En el billetero descubrió un par de billetes nuevos de mil francos y cinco de quinientos. También había un grueso rollo de otros más pequeños. Y una tarjeta de identidad a nombre de Benoit Famechon, que el parecer, era agente de seguros.

—Bien… —sonrió duramente, guardándoselo todo de nuevo—. Al fin y al cabo, es solo una pequeña restitución…

La rue D’Anglars es una de tantas como reptan hacia la altura del Sacrè Coeur. Hizo parar el coche en su entrada y avanzó a pie hasta el número 19. Como de costumbre, había bastante animación en la calle y nadie se preocupó de él.

Penetró en el mal alumbrado portal, subiendo al cuarto piso y llamó con los nudillos a la puerta.

Alguien acudió a abrir enseguida.

—¿Quién es?

—Luis. Abre.

Un hombre de media edad y aspecto desaliñado que no bastaba a ocultar su natural arrogancia apareció en la puerta.

—¡Caramba! Eres la persona que menos esperaba ver. ¿Qué diablos te trae por aquí? Pasa, hombre, pasa.

—¿Estás solo?

—Como si estuviera. Franchette está conmigo. Ya la conoces.

El ambiente era aplastantemente cálido dentro de la casa y no sobraba mucho el alumbrado. Luis siguió al otro por el pasillo atiborrado de trastos hasta una amplia habitación algo mejor iluminada, evidentemente un estudio de pintor. Una gran cantidad

de cuadros, bocetos, apuntes, caballetes, telas, trajes, objetos más o menos útiles y artísticos, se mezclaban en extraordinaria profusión. En un rincón había una pequeña cocina de gas sobre la que hervía un pote de café, y en el otro, una cama revuelta. Junto al ancho ventanal, por el que entraban mezclados el calor y los ruidos de la calle, una mesa pequeña, redonda, con un tapete de hule a cuadros blancos y rojos sostenía los restos de una cena. Una muchacha rubia, espigada, de ojos sombríos y boca demasiado roja, indudablemente bonita, estaba sentada fumando y se levantó sonriendo al verle.

—¡Hola, Dedé! —le saludó con un gesto picaresco—. No sabes cuánto me alegro de volver a verte.

El hombre habló a su vez, sonriente.

—Nos has dado un susto. Estábamos trabajando cuando has llamado y creí que era el casero con la factura. Anda, siéntate y sírvete un coñac mientras terminamos.

—Un momento. Puede que no lo hayáis notado, pero llevo una puñalada en un brazo.

Los dos le miraron alarmados.

—¿De veras? —inquirió Salinas.

—Míralo. No es gran cosa, pero necesito curarme. Por eso he venido aquí.

Se quitó la chaqueta mientras hablaba. La manga de la camisa estaba llena de sangre. Franchette se puso pálida.

—¡Oh!

—No vayas a desmayarte ahora, ya he dicho que no es nada. Pero no voy a ir a un médico para que comience a hacerme preguntas. Mi contrario ha salido peor que yo.

—¿Le has… matado?

—No. Pero poco le faltó.

—Alguno de tus líos, supongo…

—Supones bien. Pero no es por mi culpa.

Franchette se estaba moviendo aprisa de un lado para el otro y el pintor puso agua a calentar en el hornillo. Luego le curaron el rasguño entre ambos.

—Y claro, recordaste que tu viejo amigo Pablo Salinas estudió Medicina una vez y te dijiste: “Vamos allá. Me curará sin

preguntarme qué ha pasado" —rezongó el pintor mientras le vendaba.

—Algo así. Franchette, ¿te acuerdas aún de cuando eras costurera?

—¡Pues claro que sí!

—Entonces mira a ver si encuentras hilo y aguja por ahí y zúrceme esa manga. Mientras, en pago a vuestros buenos servicios, os diré qué ha pasado.

Así lo hizo, mientras Franchette lo escuchaba con ojos muy abiertos y Salinas fumaba pensativo.

—De modo que te has vuelto a meter en un lío gordo… —dijo al terminar De Soto—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Pues no lo sé. Desde luego no estoy dispuesto a recibir golpes y puñaladas cada noche, sin saber por qué me las propinan.

—Ya. Eso quiere decir que has decidido operar por tu cuenta buscándole tres pies al gato, como siempre. Un día nos enteraremos tus amigos de que te encontraron en el fondo del río con la cabeza rota o un cuchillo en la espalda.

—De algo se ha de morir…

—Sí. Pero yo conozco muchas maneras más cómodas y tranquilas. Porque, vamos a ver, ¿qué te importa a ti lo que esa gente se lleva entre manos? Déjalos que se arreglen y se maten entre ellos…

—Te olvidas de que son ellos los que no me dejan en paz, y cuando me pegan devuelvo el golpe. Bueno, he de irme. Muchas gracias por la cura, el café y todo lo demás. Te conservas maravillosamente, Franchette.

—Pues cuando quieras verme ya sabes dónde estoy.

—¿Y qué dirán tus enamorados?

—*¡Oh, la, la!* "*¡T'es sot!* No te preocupes por ellos.

Luis se despidió de la pareja y salió a la calle. No tenía un propósito fijo. Tan solo una sospecha, el deseo de confirmarla… y nada más.

Deambuló durante varias horas por París, husmeando, buscando… Probablemente, los que enviaron a seguirle los pasos ya conocían lo ocurrido a su hombre, y tal vez una veintena le buscaban ahora con órdenes concretas de eliminarlo. Estaba en la

situación del zorro acosado y sin saber a ciencia cierta por qué. Volver al hotel era muy arriesgado. Desde luego, conocía veinte sitios donde esconderse en París y no eran amigos lo que le faltaban, pero no quería esconderse ni huir, sino atacar.

Furioso consigo mismo por su incapacidad de saber a qué atenerse, decidió dar la búsqueda inútil por terminada aquella noche e irse a dormir a cualquier parte. Al día siguiente ya decidiría lo que debía hacer con su equipaje y su conducta.

Una mujer salió de una casa, avanzando rápidamente hacia el taxi que acababa de pararse junto a la acera. Una muchacha alta, esbelta, morena, bien vestida, de airoso andar… Luis la miró apenas, enfurruñado en sus pensamientos. Y entonces llegó a sus oídos la voz de ella ordenando al taxista:

—Lléveme a “La Cocquerie”, en la rue Favart.

CAPÍTULO III

POR un instante, Luis quedó rígido, aturdido. Cuando reaccionó, la muchacha ya estaba dentro del taxi y este arrancaba veloz.

Entre mil voces hubiera reconocido a la de la desconocida de la noche antes. Y esta era sin duda su voz.

Morena… Una mujer puede teñirse el pelo en pocas horas, cambiar su apariencia, pero no su voz ni el color de sus ojos.

Rápidamente se dirigió a la puerta de donde ella había salido. Una casa de cuatro pisos, construida a principios de siglo, cuando los arquitectos no conocían el cubismo. Al parecer, en el segundo piso había una pensión.

El encargado le miró con suspicacia, tomando nota de su falta de equipaje.

—Deseo una habitación.

—El pago es por adelantado.

—No le pregunté eso. ¿Tiene habitaciones disponibles, sí o no?

El hombre se intimidó un poco.

—Escuche, ese tono…

—¿Las tiene?

—Sí…

—¿Cuánto?

—Quinientos francos por día, sin desayuno…

Luis tiró un billete de mil sobre el mostrador.

—Aquí tiene dos días pagados. Mañana traerán mi equipaje. ¿Dónde está el libro?

El conserje, vuelto servicial a la vista del dinero, se lo entregó.

—Perdone el señor, pero es que tenemos órdenes… Llevará algún documento…

Luis ya estaba hojeando el libro del registro. Y no tardó en dar con lo que buscaba.

—¿Tiene libre la habitación 17?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, la tomo. Tenga, este es mi pasaporte. Está en regla y vigente como verá. Deme la llave.

—Voy a acompañarle…

—No se moleste. Aún no voy a dormir.

Regresó a la calle. Pasaba un taxi con la bandera alta. Lo llamó.

—Me voy a dormir ya… —carraspeó el chófer.

—Ya dormirá luego. Lléveme a "La Cocquerie" todo lo más aprisa que pueda. Cien francos de propina.

Diez minutos más tarde estaba ante la puerta.

"La Cocquerie" era una de las más concurridas "cuevas" existencialistas de París y a tal hora de la madrugada estaba en todo su apogeo. En una densa nube formada por humo de tabaco, respiraciones y vaho de cuerpos sudorosos se movía toda la fauna típica de aquellos lugares, desde el apache de gorra ladeada al turista que resistía heroicamente la opresiva atmósfera en su deseo de saturarse de "color parisiense".

Probablemente ni un dos por ciento de los allí reunidos habían nacido en la Ville Lumiére, y nueve de cada diez, ni tan siquiera en Francia.

Cuando Luis entró, una chiquilla flaca, de pelo lacio y ojos demasiado grandes para su cara cantaba una desgarrada canción de arrabal, acompañada al piano por un tipo de pelo revuelto, barba de dos días y ropas holgadas que cerraba los ojos al tocar. Era dudoso que nadie escuchase su canción.

Una tribu de existencialistas, todos jóvenes, ellos y ellas a cual más estrafalariamente trajeados, fumaban, discutían y bebían sin preocuparse de los demás, ocupando toda una esquina de la "cueva". Algo más allá un grupo de típicos turistas ingleses se ahogaba con estoicismo, sin perder detalle. Algunas parejas completamente absurdas bailaban ellos sabrían qué en el centro del local, muy pegados y recibiendo tantos empellones como daban. En unas mesas frente a la puerta dos grupos de gente elegante parecían divertirse mucho en aquel ambiente mefítico, degradado y absurdo.

Los camareros discurrían portando servicios por entre aquella Babel de cuerpos apiñados de donde surgían voces en media docena de idiomas por lo menos.

Luis se detuvo en la puerta hasta que sus ojos, oídos y narices se acostumbraron al ambiente. Y luego buscó con la mirada a la desconocida.

Le costó encontrarla. Estaba sentada de espaldas a él, hablando con dos hombres en una de las mesas apartadas.

Se metió entre la gente abriéndose camino con el codo sano y cosechando alguna que otra mirada colérica e insultos en voz baja.

No fue hasta llegar junto a la mesa que uno de los hombres le miró; y no lo hizo intencionadamente. Ambos eran relativamente jóvenes y de aspecto decidido. La muchacha no volvió la cabeza.

—Hola…

Entonces lo hizo. Y Luis pudo ver los ojos verdes de la noche antes, llenos de súbita aprensión.

Los dos hombres se habían envarado y lo contemplaban malamente, con clara sospecha.

—¿Qué busca usted aquí? —inquirió el que estaba a su lado, con dureza. Luis lo clasificó enseguida.

—Quiero bailar con la señorita —dijo fríamente.

—¡Váyase…!

—Calma, Konstantin —la voz de la muchacha sonaba fría y reposada. Sus ojos verdes, ahora impenetrables, lo miraban fijo—. El señor es quien os dije…

—¿El del hotel?

—Sí —se levantó despacio, sin dejar de mirarle—. Bailemos.

Luis la llevó a la pista, enlazándola. El cuerpo de ella era suave y flexible como el de un felino, y sus ojos los más fascinantes.

—¿Cómo me ha encontrado? —inquirió ella.

—Pura casualidad. Entré a tomar un trago y la vi.

Leyó en su cara que no le creía. Ella estaba desconfiando, alerta, recelosa…

—Ya sé qué va a decirme. Que ayer era pelirroja y hoy morena. Bueno, sus ojos no han cambiado de color.

—¿Por qué me ha sacado a bailar?

—Quiero preguntarle unas cuantas cosas que dejó sin explicar

anoche. Y preferí hacerlo sin testigos.

—Aquí no puedo contestarle. Es peligroso.

—¿Para quién?

—Para los dos. Yo… —miró en torno—. Venga a los lavabos. Allí podremos ver si alguien nos vigila.

—Esos dos amigos suyos…

—No se preocupe por ellos. Venga.

Luis se dejó llevar. Le intrigaba enormemente la muchacha. ¿Qué llevaría entre manos? Lo suponía, pero necesitaba saberlo.

Ella le condujo por un corto pasillo hasta los lavabos deteniéndose, en el pequeño vestíbulo.

—Aquí estamos más seguros —habló en voz baja—. Quiero darle las gracias por su ayuda de anoche. Me salvó la vida…

—Y recibí un porrazo en la cabeza que casi me envía al otro mundo. Supongo lo habrá leído en los periódicos.

—Lo siento muchísimo. Yo no creí…

—Dejémoslo. Ahora quiero saber en qué clase de juego me he metido. No puedo estar recibiendo…

—Bueno, amigo, ahora levantará las manos y se estará quietecito… por su bien.

Envarándose, Luis obedeció mientras se maldecía interiormente por su estupidez al no haber prevenido la trampa. Volvió la cabeza. Detrás, el más viejo de los acompañantes de la muchacha le estaba encañonando. El otro vigilaba la sala.

Volvió a mirar a la muchacha. Los ojos verdes dibujaron un gesto de excusa.

—Este es un buen pago para la ayuda que le di…

—Lo siento de veras, pero no puedo contestar a sus preguntas. No le hagáis ningún daño, Konstantin. Adiós y buena suerte, amigo.

Se deslizó por su lado envolviéndolo en una cálida sonrisa y desapareció en la sala. El llamado Konstantin le habló:

—Bueno, amigo, valdrá más que sea buen chico. No tenemos nada contra usted, pero su curiosidad resulta peligrosa. Así es que voy a darle un buen consejo. Olvídese de esa muchacha y de todo lo ocurrido desde anoche.

—¿Creo usted que los otros me dejarán olvidarlo?

Vio cómo ambos hombres endurecían el gesto.

—¿A qué se refiere?

—Los tres que anoche entraron en mi habitación, persiguiendo a Wanda —al menos así dijeron se llamaba— eran alemanes. Por sus nombres, ustedes me parecen polacos. Esta misma noche he tenido a uno siguiéndome los pasos desde el hotel con malas intenciones. ¿De qué se trata? ¿Espionaje?

—Valdrá más que se guarde sus preguntas, amigo. Son peligrosas.

—Y usted hará bien en guardarse esa pistola. Están viniendo tres hombres y les extrañaría mucho verla.

Los dos se volvieron. En efecto, estaba llegando gente por el pasillo. Rápidamente, Luis pasó por su lado, hacia la puerta.

—¡Deténgase!

—No voy a hacerlo. Por mí, ya hemos conversado bastante y antes de disparar, piensen que no tendrían escape posible. ¡Buenas noches, amigo!

Notó su vacilación. Las voces de los otros llegaron frente a la puerta. Abrió, metiéndose entre ellos, y se lanzó por el pasillo. Sabía que le seguirían enseguida y solo contaba con un minuto escaso, y la aglomeración del local, para despistarlos. Así, se metió entre la gente abriéndose paso sin contemplaciones hasta la salida.

Desde ella se volvió justo para ver a sus dos seguidores forcejeando con la masa de bailarines y mirando hacia él de un modo irritado. Con una sonrisa subió de cuatro en cuatro las escaleras que llevaban a la calle y una vez en ella saltó hacia uno de los taxis aparcados.

—Tengo mucha prisa. Al *boulevard* Masenna —ordenó el taxista, metiéndose en el interior.

Estaba arrancando el coche cuando se detuvo delante de él un automóvil negro, cortándole momentáneamente la salida. El taxista lanzó una típica interjección parisiense, y Luis otra menos malhumorada. Aquellos idiotas iban a estorbarle la huida con su acción.

Entonces ocurrieron tres cosas simultáneas.

Los dos perseguidores de Luís salieron a la calle, yendo hacia al taxi que arrancaba. Del automóvil negro bajaron tres hombres… y unos y otros se enfrentaron bajo las luces de la entrada.

Ambos grupos quedaron envarados un instante, mirándose. El taxi dobló hacia fuera y enfiló calle abajo.

Por la ventanilla trasera Luis miró hacia atrás y les vio en igual posición, cambiando frases al parecer poco amistosas. Se retrepó sonriendo en el asiento.

—Vaya hacia Montmartre, amigo —ordenó al taxista.

—Pero usted dijo…

—No se preocupe por lo que dije. Hacia allá y aprisa. Ya le diré dónde ha de parar.

Encendió un cigarrillo, imaginando la escena que dejaba atrás. Y se dijo que le habría gustado estar allí para oír lo que ambos grupos se decían. Porque el trío que bajó del automóvil negro era el mismo que asaltó su habitación la noche antes.

CAPÍTULO IV

EL conserje dormitaba en una silla y apenas saludó con un gruñido la aparición de Luis, entregándole su llave;

—Es la tercera puerta a la derecha en el pasillo de la izquierda —indicó, volviendo a su postura. Luis no se ocupó más de él tampoco.

Avanzó por el pasillo, pero no se detuvo ante la puerta 17… sino anta la 19. Había caminado con la cautela sigilosa de un gato y puso el oído en la cerradura.

La habitación estaba a oscuras y no se oía ningún ruido. Volvió a la suya y abrió con sumo cuidado. Por fortuna, la puerta no chirriaba.

Tras de cerrar con igual cautela, fue de puntillas hasta la abierta ventana, sorteando los escasos muebles del cuarto. Una mirada le bastó para comprender que no se había equivocado en sus cálculos.

Descalzándose, montóse en el alféizar y se dejó resbalar hasta que sus pies tocaron la moldura de piedra algo más de un metro abajo. Cuatro metros justos le separaban de la siguiente ventana. Las molduras de piedra resaltaban unos diez centímetros y estaban resbaladizas por el tiempo y el polvo. La calle quedaba unos ocho metros más abajo, apenas alumbrada, pero sí lo bastante para que si alguien miraba a lo alto descubriera su exhibición de equilibrismo. Por fortuna no se veía a nadie.

Cuidadosamente, centímetro a centímetro, fue reptando pegado a la pared como una sabandija. Sus manos y sus pies se aferraban a los resaltes de piedra y ladrillo como los tentáculos de un pulpo. Aun así, por dos veces estuvo en un tris de irse a la calle y poco faltó para ello cuando su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de piedra alisada. Fue instintivo su gesto al disparar el brazo hacia la cercana barandilla de hierro que protegía el otro balcón. Sus dedos

lograron aferrarse a uno de los barrotes por muy poco y durante un instante estuvo suspendido en el vacío. Sintió el violento tirón distenderle los músculos del brazo y pateó, buscando apoyo para los pies. Lo logró con el derecho y reflexionándose pudo asirse de la barandilla con ambas manos.

Permaneció unos segundos descansando en aquella posición, mientras respiraba satisfecho. Luego se izó lentamente hasta la barandilla.

Estaba entreabierta la ventana. Agazapado allí como un gato, contuvo la respiración unos momentos, escuchando los rumores del interior.

Y fue una suerte que lo hiciera, pues pudo percibir un roce leve a la derecha de la ventana.

Los nervios de De Soto se tensaron. Detrás de la ventana había alguien en acecho, esperándole. ¿Wanda? Era muy posible. Bueno, él no tenía modo de descubrirlo y tampoco iba a entrar pregonando su identidad con toque de trompetas.

Preparó todos sus músculos, y de pronto saltó hacia adelante, golpeando con el codo la batiente de su ventana a la derecha.

Cayó en el centro de la habitación, sobre manos y pies. La ventana empujada había golpeado algo blando y al revolverse vio echársele encima una sombra y destellar algo en el aire.

Se movió a un costado con rapidez, evitando por milímetros la puñalada, y al mismo tiempo lanzó adelante su puño izquierdo en deliberado golpe bajo.

El atacante gruñó de dolor al recibirlo. Luis sabía ya que era un hombre y estaba en pie antes de que el otro pudiera reanudar la ofensiva. Atacó buscando inutilizarlo cuanto antes. Sus puños golpearon como mazas una cara ancha, cortándose los nudillos contra unos dientes que crujieron, rotos. El hombre era duro, no obstante, y replicó lanzando rápidas cuchilladas que Luis se vio en apuros para esquivar. Por dos veces sintió rozar su piel la quemante hoja de acero antes de poder sujetar en férrea presa el brazo que la guiaba. Entonces lo dobló brutalmente hacia atrás, metiendo al mismo tiempo la rodilla en los riñones del hombre y atrapándole el cuello en un cepo con el otro brazo.

Las tres presiones combinadas acabaron con la resistencia del otro. Soltó el cuchillo, medio asfixiado, y Luis apretó su mordaza

hasta casi estrangularlo. Entonces, sacando su propia arma, lo “acarició” con ella enviándolo al limbo para un buen rato.

Tras soltar el cuerpo exánime fue a cerrar la ventana y luego atravesó el cuarto hacia la puerta, buscando el conmutador.

La habitación aparecía tan completamente revuelta como la suya del hotel la noche antes. Sobre la deshecha cama, atada, amordazada y con las ropas desgarradas, Wanda le miraba con los ojos esperanzados e incrédulos.

Rio suavemente Luis al contemplarla. Luego se fijó en que su cara revelaba síntomas de asfixia y de golpes su cuerpo. Apretando los dientes, fue a su lado, liberándola de la mordaza.

Ella aspiró ansiosamente aire. Sus grandes ojos esmeralda reflejaban agradecimiento.

—Gracias —murmuró—. Es… usted… muy oportuno.

—Una de mis cualidades. Otra es, por lo visto, sacarla de apuros. Vuélvase, voy a desatarla.

La habían amarrado brutalmente. Tenía los pies y las manos amoratados. Luis abrevió cortando las ligaduras.

—Veo que sus amigos la tratan muy consideradamente —observó mientras ella se frotaba las manos entumecidas—. ¿La sorprendieron durmiendo?

—No. Estaban esperándome… —señaló al inconsciente agresor —. ¿Está muerto?

—Me parece que no. Pero será bueno asegurarlo.

Se acercó a él, amarrándole las manos y amordazándolo. Desde luego, era francés, un tipo inconfundible de apache. Se levantó ceñudo tras haberle registrado infructuosamente. La muchacha se había levantado de la cama y estaba vistiéndose alguna de las prendas esparcidas por el suelo.

—¿Cómo encontró mi pista? —preguntó, mirándole a la cara—. Al principio creí que era uno de mis amigos.

—Sus amigos son idiotas. Y me parece que, a estas horas, hombres muertos.

Se tensó la muchacha, endureciendo el gesto.

—¿Muertos?

—No por mí, si eso es lo que piensa. Se tropezaron con alguien cuando salían de “La Cocquerie” en mi persecución.

—¿Con… quién?

—Con el trío que anoche la perseguía a usted.

La vio palidecer intensamente.

—Entonces, tengo que huir enseguida…

—¿Fueron ellos los que la apresaron?

—No. Fueron ese… y otro. Me atacaron apenas abrí la puerta. Buscaban algo… Habían revuelto todo y después de atarme y amordazarme registraron mis ropas. No encontraron lo que buscaban y me golpearon para que hablase. Luego, uno marchó en busca de su jefe y el otro quedó de guardia. Le vio llegar a usted desde la ventana y apagó la luz. Luego le oímos cruzar de la otra habitación a esta. Él se emboscó tras de la puerta.

Se había terminado, mientras, de vestir. De nuevo se encaró con Luis.

—Créame que le agradezco enormemente su intervención, señor De Soto. Por dos veces me ha salvado la vida…

—Ya veo que conoce mi nombre, Wanda.

—¿Le dijeron ellos el mío?

—Sí. ¿Qué va a hacer ahora?

—Escapar.

—¿A dónde?

—No lo sé. Creí haberles despistado… No tardarán en venir y…

—Vamos.

—No debe mezclarse más en esto. Es pe…

—Cállese y venga.

La tomó por el codo y ella se dejó llevar con sorprendente docilidad.

Salieron al pasillo en silencio. Y llegaban al vestíbulo cuando oyeron detenerse un coche a la puerta. Miráronse a los ojos. En los de Wanda brillaba la aprensión.

—¡Deben ser ellos!

—Es posible. Sígame.

El conserje les miró acercarse con ceño fruncido. Probablemente sospechaba una *liaison*.

Pero Luis no le dio tiempo a más sospechas, poniéndole la pistola en las narices.

—¡Abra la puerta de la cabina, rápido!

Blanco y tembloroso, el hombre obedeció, tartajeando:

—No… No hay casi dinero…

—¡Calle, idiota! Métase con nosotros. Si esos que suben vienen aquí, contésteles tranquilamente. Si preguntan por mi o por esta joven, digan lo que digan, déjeles ir. ¿Entendido? Si mete la pata lo mato. ¡Agáchese aquí, Wanda?

Él y la muchacha se encogieron detrás del mostrador encristalado, mientras el asustado conserje se sentaba muy despierto a la ventanilla. Y lo hicieron justamente a tiempo.

Cuatro hombres irrumpieron en la conserjería, yendo en grupo hacia el conserje tembloroso que les veía llegar viendo por el rabillo del ojo la “Luger” apuntada a su costado.

—Buenas noches, amigo —saludó la voz del hombre alto—. Estamos buscando a una mujer reclamada por la Ley. Somos agentes. Sabemos que ella se aloja en la habitación 19.

—Sí… Sí. Vino ayer… Es la última de la derecha, en el pasillo de la izquierda… Yo…

—Vaya, no se asuste, hombre. Nosotros nos encargaremos de ella. ¡Andando…!

Se perdieron hacia el pasillo. Luis y Wanda se enderezaron. El conserje temblaba visiblemente.

—Buen trabajo, amigo. Y ahora un consejo. Cierre el pico si le gusta vivir. Son *gangsters*. ¡Aprisa, Wanda!

Salieron a la escalera dejando a su espalda un aterrorizado conserje y bajaron rápidamente aquella.

En el portal, él la detuvo.

—Espere aquí.

—¿Qué va a hacer?

—Desembarazarnos el camino.

Salió a la calle tranquilamente. Junto al coche, un hombre de pie fumaba un cigarrillo. Le miró con sospecha al acercarse Luis a él.

—¿No tendrá lumbre, por favor?

—¿Quién…?

—¡Arriba las manos? ¡Pronto!

Cogido de sorpresa, el hombre intentó resistir. Rápidamente,

Luis le pegó en la boca con la pistola cuando iba a gritar, volviendo a golpearle en la sien con todas sus fuerzas. El hombre gorgoteó y cayó al suelo.

—¡Vamos, Wanda!

La muchacha saltó hacia el coche. Arriba, en el segundo piso, sonó el ruido de una puerta violentada y se encendió la luz del cuarto 19.

Luis ya había abierto la portezuela.

—¡Entre al coche!

Subió el mismo, sentándose al volante, y embragó.

El ruido del automóvil al ponerse en marche, llegó a los hombres de arriba, pues Wanda vio aparecer sus cabezas y oyó sus voces excitadas. Una llamarada fugaz brilló ahí y algo chocó contra el cristal de una ventanilla, astillándolo.

Se encogió en el asiento. Luis hizo lo mismo sobre el volante y lanzó el auto calle arriba hadándolo zigzaguear. Les estaban disparando con armas provistas de silenciadores, pero el coche tenía cristales a prueba de balas y carrocería reforzada. Tomó con dos ruedas la próxima esquina y se lanzó a gran velocidad por las calles casi desiertas.

A su espalda sonó la voz tranquila de Wanda.

—¿A dónde vamos?

—A casa de un amigo. Nadie le encontrará allí.

—Seguirán la pista por el coche.

—Ya he pensado en ello.

Corrieron por la ciudad dormida, hacia el Sena. Llegados a él, Luis detuvo al coche junto al pretil y saltó fuera.

—Vamos.

Dos taxis, el Metro… Ya era de día cuando penetraron en la rue D'Anglars con un convincente aspecto de juerguistas trasnochadores que provocaban miradas de reojo en los obreros camino del trabajo.

Luis tuvo que aporrear la puerta largo rato antes que un soñoliento Pablo Salinas apareciera gruñendo y rascándose la cabeza.

—Ya voy, ya voy… ¡Ah, eres tú! —echó una rápida ojeada a Wanda, despertándose súbitamente—. Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Cuando estemos dentro te lo explicaré. ¿Quién más hay contigo?

—Nadie. Ya sabéis que vivo solo. Franchette se fue a medianoche. Bueno, al menos preséntame a tu amiga.

—Solo sé que se llama Wanda. Esto es Pablo Salinas, pintor bohemio, enamorado y español. Ahora va a ser nuestro huésped por unos días.

—¡Oye, tú! ¿Qué es eso de…? ¿Es que no hay pensiones en París? Además, a Franchette no va a gustarle nada ver aquí una rival, que vale mucho más que ella.

—¡Calla, idiota! Wanda es la chica de que te hablé anoche.

—¿La del hotel? Pero… dijiste que era pelirroja…

Wanda sonrió, demostrando sentido del humor.

—Me he teñido el pelo.

—Pero no los ojos… Sí, Luis dijo eran como esmeraldas y usted muy hermosa. Veo que no exageró. Bien, ¿podéis decirme qué diablos pasa?

—Necesito ocultar a esta muchacha aquí por unos días. Y no preguntes más, si quieres evitarte dolores de cabeza.

—Los tendré, y muchos, cuando Franchette la vea… Bueno, ya te las arreglarás con ella. ¡Hum! Tenéis aspecto de no haber dormido mucho.

—Nada. ¿Puedes ceder tu cama a Wanda?

—Por mí… Pero tú has de quedarte aquí, para cuando Franchette aparezca.

—Descuida. Vaya a echarse un rato, Wanda. Le conviene dormir y aquí estamos seguros. Yo también dormiré un rato. Perdónanos un momento, Pablo.

Llevó a la muchacha hasta el lecho.

—Escuche —dijo en voz baja—, aquí está segura, por ahora. Sus amigos no pueden imaginar este escondrijo. Va a permanecer en él lo necesario para despistarlos. Y va a decirme qué enredo es este en el que me he metido sin quererlo y del cual ya no puedo, ni quiero, zafarme.

La muchacha le miró fijo a los ojos. Era la suya una mirada extraña, honda, acariciante, que desasosegó al hombre extrañamente.

—Después se lo contaré, se lo prometo —su voz tenía también acentos cálidos—. Le contaré todo lo que ocurre y el porqué.

—Está bien. Otra cosa. No intente escaparse. Sería una estupidez por su parte y no lo lograría. Tengo el sueño ligero y mi amigo va a quedarse de guardia.

—¿No se fía de mí?

—Aún no lo sé… Aún no sé qué es lo que pienso de usted.

—Yo sí. Me tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué diantres he de tenerle yo miedo?

Wanda se le acercó. El suave perfume de rosas frescas que ya las otras veces Luis percibiera al estar junto a ella, volvió a envolverlo. Y mirándola, se dijo que tal vez ella había acertado, que sí tenía miedo de algo increíble que nunca le había ocurrido hasta ahora… y le estaba ocurriendo.

—¿De veras no me teme?

Sus ojos eran más que nunca dos esmeraldas maravillosamente sugerentes. Y sus labios entreabiertos una irrefrenable tentación.

Estaba besándola antes de darse cuenta. Y ella no se mostró indiferente al beso.

CAPÍTULO V

SE despertó con la sensación de haber dormido demasiado. Le dolían los huesos y la nuca por la incómoda posición. Guiñando los ojos se desperezó. En el estudio estaban hablando y distinguió las voces de Franchette y Salinas.

Bostezando, se fue hacia allí. Wanda debía haberse despertado con la charla de aquellos dos. Lo raro era que él no hubiese oído entrar a Franchette. Debía haber dormido como un tronco. Menos mal que Pablo se quedó de guardia con órdenes expresas.

Los dos estaban discutiendo junto al ventanal y al verle aparecer pusieron, sobre todo él, caras culpables.

—¡Hola, muchachos! ¿Qué hora es? ¿Y Wanda, ya se ha despertado?

—Son las once y… Wanda se ha ido.

—¿Qué?

Se metió en el estudio como una tromba, yendo hacia la cama del pintor. Era verdad, Wanda se había ido.

Lleno de ira se encaró con Salinas.

—¿Puedes decirme qué ha pasado? Te encargué que la vigilaras.

—Bueno, verás… Yo lo estuve haciendo. La vi dormir profundamente y me dormí también. No lo pude evitar, compréndelo… Me había acostado dos horas antes de que llamaseis. Fue Franchette quien me despertó hace media hora para decirme que había encontrado la puerta abierta…

—¡Maldito idiota! Si no podías aguantar el sueño, habérmelo dicho. Yo…

—Ha dejado una nota para ti. Toma.

Luis tomó el sobre que le alargaba su amigo. El coraje de verse burlado, con ser mucho, no igualaba al sentimiento por la pérdida

de la muchacha, inesperada después de aquel beso. Aún lo llenaba los labios de un grato sabor y la sangre del ansia de mil más… Besos como aquel nunca los había gustado, y ahora sabía que solo fue un espléndido anzuelo para desarmar su desconfianza. Una gata hermosa y muy lista, y él se había dejado atrapar en sus redes… Porque estaba atrapado, sin remisión. Y se había burlado de él, jugando con sus sentimientos, dejándolo en ridículo, aprovechándose del naciente amor que adivinó.

Rasgó el sobre y desdobló la hoja, de papel. Solo contenía unas líneas, escritas a lápiz con letra fina y nerviosa.

—Perdóneme por dejarle así. Luis, pero es preciso. Saber más, o ayudarme más, aumentaría los peligros para usted y no quiero que le ocurra nada por mi culpa. Nunca olvidaré lo que le debo… Y gracias por el beso.”

Volvió a doblar lentamente la carta. Sus amigos le contemplaban intrigados.

—¿Que te dice? —inquirió Salinas.

—Nada de interés. Te da las gracias por tu hospitalidad y vigilancia.

—Hombre, yo…

—Huelo a café recién hecho. ¿Tienes una taza para mí, Franchette?

—¡Claro que sí, hombre! Ven, toma.

Lo llevó hacia el hornillo, alejándolo del apabullado pintor, y lo miró con extraordinaria seriedad.

—Tú te has enamorado, Dedé…

Luis se sobresaltó.

—¿Qué tonterías dices?

—No son tonterías. Tú te has enamorado de esa chica de ojos verdes. Pablo me ha contado lo de anoche… y he leído esa carta.

—¿Quieres decir que la has abierto? —la miró él hosco.

—Pero eso no tiene importancia, “cheri”. Yo te quiero un poquito y soy un poco curiosa. Y ahora voy a decirte una cosa. Ten la seguridad de que esa chira, sea lo que sea, no se olvidará de ti y volverás a verla alguna vez.

—¿Qué te hace pensar esa tontería? Ella no quiero verme, sino todo lo contrario. Ya lo has leído.

—Sí, lo he leído. Y te conozco y conozco a las mujeres. Tú tienes algo para nosotras, Dedé, algo que nos atrae, una “chame” especial, y la besaste. Bien, “mon cheri”; ella se acuerda de tu beso y ese beso la hará volver tarde o temprano, ya lo verás.

Luis le acarició la barbilla, sonriendo con tristeza.

—Eres una gran chica, Franchette. Y ojalá no te equivoques, porque sí, creo que me he enamorado de ella.

—Bueno, pues no te desanimes. Anda, bébete el café. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Aún no tengo ningún pían. Ya veremos…

Después de lavarse se tendió un rato en el sofá, fumando sin cesar y dando vueltas en su cerebro a un cúmulo de planes y propósitos, todos por igual de irrealizables. Franchette, tras preparar la comida, se dispuso a posar para el cuadro que Salinas terminaba. El pintor trabajaba rápido, inspirado. Un buen pintor, que no tenía más fama porque era un perezoso fantástico y un bohemio completo… A él no le importaba un bledo el público, los mercaderes, críticos, exposiciones… Era feliz con su bohemia independencia, su estudio desordenado, sus amigos, su trabajo y su Franchette; ganaba lo suficiente para no precisar de ayuda y no quería ganar más. ¿Para qué? Ni el dinero ni la fama dan la felicidad y él era feliz, ahora y siempre.

Luis lo conocía de hacía varios años, casi desde la liberación de Francia, y le apreciaba, envidiando su ático sentido del vivir, despreciativo para todas las conveniencias. Pablo Salinas solo vivía para el amor, el arte y la pereza. Como Franchette, como otros muchos amigos suyos del alegre París bohemio y despreocupado… Como él mismo había vivido siempre para el amor, la aventura y la acción, incorregible “condottiero” de todas las causas más o menos perdidas y excitantes…

Alguien llamó a la puerta del piso, cortando sus meditaciones y el trabajo de los otros.

Los tres se miraron.

—¿Esperas a alguien?

—No…

—Anda a ver quién es.

Se levantó, preparando su arma, mientras Franchette, alarmada,

se echaba una bata encima y tras un titubeo, Salinas iba hacia la puerta.

—¿Crees que vengan por ti? —inquirió la muchacha.

—Todo es posible y pronto saldremos de dudas. Quédate aquí.

Se deslizó hacia el pasillo, preparado a toda contingencia. Salinas estaba abriendo la puerta y su voz sonó desconfiada al preguntar:

—¿Qué quiere usted?

—Busco a Luis de Soto.

—No sé quién diablos es.

—Me consta que está aquí. Dígale que Chadwell le busca.

—Le digo…

—Déjalo pasar, Pablo.

El pintor se hizo a un lado, dando entrada a un hombre joven y de rostro decidido, que avanzó hacia Luis.

—Sabía que estarías aquí —dijo por todo saludo, tendiéndole la mano—. Y no me he engañado.

—Eres muy listo. ¿A qué vienes?

—Tengo que hablar contigo.

—Pues pasa.

En el estudio, el recién llegado miró escrutadoramente a la curiosa Franchette. Luis la presentó.

—Esta es Franchette y este Pablo Salinas, dos buenos amigos. Aquí tenéis a Bob Chadwell, héroe guerrero de los todopoderosos Estados Unidos, con no sé cuántas condecoraciones. Te gustará, Franchette, pero te advierto que no le interesan las mujeres.

—¿De veras? —la modelo sonrió picaresca—. Pues es una lástima.

—No es tiempo de broma, Luis —dijo seriamente Chadwell—. Tengo que hablar contigo.

—Pues hazlo.

—Andrew quiera hablar contigo.

Se endurecieron las facciones de Luis.

—Dile a Andrew…

—Se trata de lo que te ocurrió en el hotel hace dos noches.

—¡Ah? —cambió la expresión de De Soto—. Ya entiendo… Y

por eso te ha comisionado a ti.

—Sabe que conozco todos tus escondrijos. Cuando vimos que no aparecías por el hotel, me dije que solo aquí o en otro par de sitios pedías estar. En los otros no te encontramos.

—Y aquí sí. Por lo visto, el Servicio no me pierde la pista… Bueno, ¿qué quiere Andrew?

—Él te lo dirá.

De Soto se volvió a sus intrigados amigos.

—Hasta luego, muchachos. Después os contaré lo que suceda… si es que sucede algo. Vamos para allá.

CAPÍTULO VI

EL coche que conducía a los dos hombres se detuvo al llegar a la rue de Marignan. Los dos descendieron y tras una rápida ojeada alrededor, atravesaron la acera, penetrando en una de las casas y subiendo al segando piso, donde se detuvieron ante una puerta sobre la cual una placa de baquelita indicaba: "M. André. Representante"

Chadwell pulsó el timbre. Alguien se acercó del otro lado, mirándoles a través del visor de la puerta, y abrió esta enseguida.

Atravesaron el vestíbulo, amueblado de un modo impersonal y fueron hacia una habitación a la derecha, mientras el que les abrió cerraba a sus espaldas.

Un hombre de media edad, bastante calvo, con lentes montados al aire y rostro de hombre de ciencia, se levantó tras una mesa ministro y tendió la mano a Luis, que la estrechó fríamente.

—Me alegro de verle, De Soto.

—Gracias. Me temo no poder decir lo mismo. Bien, ¿qué hay?

El hombre sonrió levemente.

—Ya veo que aún le escuece…

—Tengo mis motivos, ¿no cree? Y quisiera saber cuanto antes a qué obedece esta llamada. No habrán conseguido una orden de extradición contra mí, supongo. Estos franceses son capaces de cualquier cosa a cambio de dólares.

—Ni lo hemos intentado siquiera. Es más, posiblemente le facilitemos los medios de obtener el perdón de los Tribunales.

—Muy interesante —habló sarcásticamente De Soto—. No sabía que los Estados fuesen tan magnánimos.

—Usted está amargado, De Soto, y no se muestra razonable.

—Si mostrarse razonable es resignarse a ver la propia patria

esclavizada por quienes se lla…

—No siga por ese camino, se lo ruego. Puerto Rico no es ninguna tierra esclavizada.

—¿No? ¿Pues qué es, entonces? ¿Acaso un Estado soberano? Después de luchar tres años y medio para liberar al mundo de opresores volví a mi país y lo encontré en iguales condiciones que los que había ayudado a "liberar". Una colonia explotada por un grupo de financieros sin entrañas, que ni siquiera nos permiten progresar. Luché contra eso… Y ahora soy un traidor exilado, con una condena sobre mi cabeza. ¿Es o no verdad?

Los otros estaban serios ahora.

—Puede que, en parte, lo sea, De Soto, pero no del todo. El Gobierno se preocupa por Puerto Rico y hace lo que puede por mejorar la situación. Usted lo sabe, pero esa sangre caliente de ustedes no les permite esperar soluciones que no sean radicales… Bueno, dejemos eso. Es para otro asunto que le he hecho venir. Un asunto de suma importancia. Siéntese, por favor.

Luis obedeció, ceñudo.

—¿Qué pasó hace dos noches en su cuarto del Hotel Duroc?

—Si lee los periódicos…

—No quiero saber lo que dijo la Prensa, sino la verdad.

—¿Y por qué he de decírselo?

—Porque es americano, le guste o no; ha sido un destacado oficial del Ejército y no menos destacado miembro del Servicio Secreto…

—Ya no soy nada de eso.

André hizo un gesto de fastidio.

—Mire, De Soto… —inició, viéndose cortado por Chadwell.

—No creo que esa sea buena táctica, señor; De Soto es un testarudo, vale más que le cuente lo que hay.

—Está bien… —André se echó un poco adelante, mientras Luis se disponía a enterarse—. Aún se acordará usted del tesoro secreto de los nazis, ¿verdad?

Luis demostró su interés con un leve fruncimiento de cejas.

—Sí…

—¿Y de todo lo que sobre él se decía?

—También.

—Bueno, pues se trata de eso. La mayor, al menos una buena parte de ese tesoro, yace oculta en el complejo subterráneo de la “Guarida de los Lobos”. Ni los polacos ni los rusos han conseguido penetrar allí, a pesar de todos sus esfuerzos. Únicamente lograron descombrar una zona externa, un pasaje de varios kilómetros donde desenterraron miles de minas a costa de muchos muertos y heridos. Sin embargo, allí dentro aún funcionan instalaciones eléctricas; se ha podido comprobar. Y eso significa que hay gentes que pueden entrar sin dificultades allí dentro porque conocen el hilo de Ariadna de ese laberinto.

—Todo eso ya lo sabía…

—Espere. Nos consta que el inmenso botín de guerra de la Gestapo permanece allí. Según cálculos moderados, más de un millón de dólares en obras de arte y joyas robadas a lo largo y ancho de Europa, sin contar otro tanto en valores, monedas de oro, colecciones de sellos… ¿Recuerda el documento firmado y sellado por el general de las S.S. Frölich, que le encontramos a poco de terminar la guerra a aquel alemán?

—Sí.

—“166.250.000 francos suizos, 299.018.300 dólares en billetes de Banco americanos, 22.949.100 dólares en diamantes, 95.450.000 en objetos de arte y sellos de colección, 31.351.250.000 marcos alemanes en lingotes de oro y 5.000.000 de marcos en estupefacientes”, era el detalle de las cifras. Naturalmente se trataba solo de una parte del botín. Por ejemplo, se omitían los cientos de millones de libras esterlinas de la falsificación realizada en el campo de concentración de Sachsenhausen por los más hábiles monederos falsos de Alemania y el resto de Europa, destinados a provocar la bancarrota del Banco de Inglaterra y adquirir inmensas propiedades para los jefes nazis en diversos estratégicos lugares del mundo, ya en previsión de la derrota. ¿Recuerda quién era el jefe directo de la operación?

—Sí. El Obergruppenführer Helmuth von Matrach. Murió, se dijo, en Berlín a últimos de abril del 45.

—Está vivo y ha permanecido oculto bajo nombre supuesto en algún lugar de América del Sur, como tantos otros jerarcas nazis. ¿Recuerda al coronel Klaus Dittmar?

Luis se atirantó.

—Muy bien.

—Ya sabe cómo consiguió escapar y borrar su pista. Pues bien, tenemos la certeza de que Von Matrach y Friedrich Ronner, el que fue lugarteniente directo de Bormann, dirigen en la actualidad una vasta red de exnazis dedicada a diversas actividades, desde libertar y sacar de Alemania a antiguos compañeros cuyos servicios y silencio les interesan, hasta financiar disturbios que nos obligan a estar siempre como andando sobre brasas. Parte de las libras esterlinas falsificadas en Sachsenhausen han aparecido en gran cantidad en el sudeste de Asia y en Centro y Sudamérica, así como antiguos nazis de tercera categoría, desde científicos a soldados. Hay grandes indicios de que la agitación que fermenta en el norte de África tiene a ellos detrás. Desde siempre hemos sabido que los Bancos suizos guardan enormes depósitos de dinero y valores allí colocados por los nazis, pero su forma de operar nos veda descubrirlos y reclamarlos…

—Hasta ahora nada me ha dicho, salvo lo de esos tres, que yo ignorase, y nada que me haga ver…

—Aguarde. Hace poco tiempo un grupo de polacos y unos agentes secretas nuestros e ingleses, actuando juntos en el interior de Polonia, consiguieron las pruebas de que iba a ser sacado del país un importante lote del botín nazi oculto en la “Guarida de los Lobos”. Ellos siguieron a unos hombres allí dentro, pero también los rusos sospechaban algo y allí se desarrolló un verdadero combate subterráneo. Solo dos hombres consiguieron escapar con vida del grupo nuestro, pero esos se habían apoderado de planos del subterráneo y otros importantes documentos concernientes al tesoro y la organización neonazi, tras matar a quienes los portaban. Lograron llegar con ellos a Varsovia y allí, en casa de un polaco, sacaron copias fotográficas de los mismos, por partida doble, partiendo luego en direcciones distintas con el propósito de llegar a nuestras Embajadas o fuera de Polonia. Ninguno lo consiguió, uno fue capturado por los polacos y antes tuvo tiempo de destruir sus negativos, al otro lo cogieron los nazis.

—¿Y los documentos originales?

—Habían quedado en casa del polaco, un antiguo oficial de las fuerzas de Anders, que combatió en Cassino y se había repatriado, trabajando desde entonen para nosotros con buena fortuna. Sus

padres fallecieron en un campo nazi de concentración y él vivía con su esposa y una hermana, que también conoció los campos “nazis”, siendo una niña aún. Él se llamaba Skobleska.

—Ah…

—Los polacos y rusos no pudieron conectarlo con el asunto, pero los nazis sí. Necesitaban esos documentos antes de que nadie pudiera conseguirlos. Raptaron a Skobleska y a su esposa, los torturaron hasta morir. Pero él había enviado a su hermana con los documentos unas horas antes y supo ganar unas horas para ella a costa de su vida y la de su esposa, consciente de que, de cualquier modo, ambos estaban perdidos. ¿Sabe quién los torturó? Dittmar.

Ahora, Luis estaba tremendamente interesado.

—¿Y qué más?

—Wanda Skobleska no podía intentar sino una cosa. Ayudada por miembros polacos, checos y húngaros logró eludir la encarnizada persecución de Dittmar y sus esbirros dando un amplio rodeo. No se fiaba de nadie y por lo mismo no se puso en contacto con nosotros, también porque los exnazis iban pisándole los talones. Entró en Alemania por la frontera checa y con un pasaporte falso, del mismo modo llegó a París, y al fin consiguió avisarnos. Concertamos una entrevista en el “Hotel Duroc”, donde usted estaba alojado. Yo había enviado a uno de mis mejores hombres a reunirse con ella y traerla aquí, pero Dittmar se adelantó. Lo sacaron del Sena con una cuchillada en la espalda, no hace ni dos horas. En cuanto a ella, se nos esfumó. Pero usted había tenido aquella noche una desagradable visita en el cuarto que ocupaba en el “Motel Duroc”, desapareciendo luego sin dar explicaciones. Anoche hubo un tiroteo en las cercanías de “La Cocquerie” y dos hombres resultaron muertos, un polaco recién llegado clandestinamente a París y un individuo que no pudimos identificar, pero que la autopsia probó había pertenecido a las S.S. gracias a un borrado tatuaje. Descubrimos que el polaco y otro habían estado en el local poco antes del tiroteo con una muchacha morena, de ojos verdes, que ella bailó una pieza con otro hombre y algo debió ocurrir entre todos, porque el hombre, cuyas señas coincidían con las de usted, salió con mucha prisa de allí instantes antes del tiroteo… Más tarde, en cierta pensión de Montmartre, un asustado portero le ha contado a la policía cierta historia

extraordinaria en la que entraban *gangsters*, una morena de ojos verdes… y un tipo muy parecido a usted. Anoche, la policía encontró malherido a un alemán en un callejón cercado a la rue Francet. Un exnazi, se descubrió pronto. El hombre había estado en el "Hotel Duroc" y salió detrás de usted. No ha querido confesar la verdad, afirma que alguien lo atracó para robarle. Los *gangsters* de la pensión se llevaron a uno de los suyos, al que puso fuera de combate el acompañante de la chica, antes de huir robándoles su propio automóvil. El vehículo ha sido hallado en un callejón solitario, con un hombre dentro. Coche robado a un médico alemán recién radicado en París, pero que tuvo que ver con la Gestapo en su día. Dentro había un checo de origen alemán, con el cráneo roto

Se detuvo, hizo una pausa dramática y pidió:

—Ahora, De Soto, díganos dónde está Wanda Skobleska y qué relación tiene con ella.

—Ninguna salvo la casualidad, y no sé dónde está.

—¿Se niega a ayudarnos?

—No sea idiota. Le voy a contar mi historia en este asunto…

Lo escucharon muy atentos. Y vio que le creían. Al terminar, André habló:

—Voy a hacerle una oferta, De Soto. Usted es, probablemente, el único hombre en la ciudad que conoce a Wanda Skobleska tal como ella es ahora. Nosotros y los de Dittmar solo sabemos que es muy hermosa, pelirroja, esbelta, de ojos verdes y que se ha teñido el cabello. Su voz, sus gestos, se ignoran… Búsquela, tráigala sana y salva con esos documentos y le sobreseeremos el proceso, quedará libre de volver a los Estados y reingresar en el Servicio, si lo desea.

Una arruga honda cruzó la frente de Luis.

—Una generosa proposición —comentó con leve ironía, mirando a André—. ¿Está seguro de poder hacerla?

—Completamente. Si acepta me pondré al habla con Washington enseguida.

—¿Y si fracaso?

—No siendo deliberadamente… no alterará la oferta.

Luis sacó la pitillera, y encendió despacio un cigarrillo. Los otros esperaban su decisión.

Levantó la cabeza, clavando los ojos en André.

—Acepto —dijo lentamente—. Pero no se haga ilusiones, André. No lo hago por el premio, ni tampoco por los Estados Unidos. Deme ahora todos los datos que posea de la situación.

CAPÍTULO VII

LA negra masa del Louvre ocultaba la luna nueva que hacía rielar las aguas del Sena volviéndolas de plata. Aguas arriba, las torres de Notre Dame se destacaban contra el cielo sobre las arboledas de la isla de la Cité. Pasaban coches por el Quai del Louvre y parejas amarteladas se arrullaban en los pretiles y las sombras de los paredones del Museo. Un gendarme cruzó lentamente, oteando desganadamente acá y allá.

Recostado contra el pretil. Luis fumaba lentamente. Desde que dos días antes aceptara la oferta de André, volviendo provisionalmente al Servicio Secreto, todo había cambiado para él. Era como si aquellos dos años últimos no existieran. De nuevo la actividad constante, el peligro, la muerte acechando a cada paso…

¿Por qué había aceptado? Desde luego, no por la oferta de amnistía. Eso importaba poco. Tampoco le seducía la idea de volver a ingresar en el Servicio Secreto… No, tenía que confesarse que solo una cosa le importaba: Wanda, volverla a hallar y salvarla del tremendo peligro que la amenazaba. Tal vez, con un poco de suerte, conseguiría su propósito…

Se estremeció al considerar la situación de ella, una muchacha extranjera, indocumentada legalmente, con apenas un puñado de amigos fieles ayudándola, y todo el tremendo poder que los fanáticos nazis podían movilizar en París sobre su pista, con órdenes concretas de eliminarla y recobrar lo que llevaba a toda costa. Docenas de hombres buscando su rastro por toda la ciudad… Y él desconocía su actual paradero. Tal vez ya la habían localizado, puede que apresado, acaso la estuvieren torturando en algún lugar ignorado, quebrando su espíritu al compás de su cuerpo, su hermoso cuerpo, hasta lograr su confesión. Luego un tiro en la nuca y el cadáver aparecería más tarde en las aguas del Sena o en un

rincón cualquiera del Bosque de Bolonia…

Tiró con rabia el cigarrillo, que trazó un arco ígneo en la sombra. Era preciso localizar a Wanda, salvarla, sacarla de París. Pero ¿dónde estaba ella? Cuarenta y ocho horas husmeando por toda la ciudad no le habían dado el menor indicio de una pista. Y él mismo estaba siendo objeto de una activa caza por parte de los nazis…

Miró a su reloj-pulsera. Las diez menos cinco. A las diez tenía que verse con uno de los agentes de André, tal vez le trajese alguna nueva…

Echó a andar hacia el Puente Nuevo como un desocupado paseante más, pero atento a todos los detalles. De vez en cuando movía velozmente la cabeza hacia atrás en rápida ojeada cada vez que llegaba a una zona de sombras. Y la tercera que lo hizo adquirió la seguridad de que le seguían.

En la esquina del Puente Nuevo, una mujer paseaba sola aguantando las importunidades de los transeúntes. Luis hizo un gesto de desagrado. No le habían dicho el sexo del agente que lo esperaba y con aquellos lobos siniestros a su espalda una mujer no resultaba ninguna ayuda, posiblemente sí un aumento de riesgos.

La mujer le miraba llegar. Era joven, esbelta y bien vestida, de pelo oscuro que brillaba a las luces eléctricas. Luis se le acercó decididamente.

—Es una noche hermosa para pasear.

—Sí, pero junto al río molestan los mosquitos.

—En eso caso, lo mejor es irse hacia el Palais Royal.

Tranquilamente, la mujer se le tomó del brazo. Olía a jazmines recién cortados.

—Me alegro de su puntualidad —siguió hablando en voz baja—. Se hace molesto esperar.

—André no debió enviarla. Llevo a dos perros pegados a los talones y no creo tarden mucho en morder. Se figurarán que es usted la que buscan.

—Por eso estoy aquí.

—Debería tener miedo.

—Y lo tengo. Pero el servicio manda.

—¡Hum! ¿Lleva armas?

—Sí.

—¿Qué órdenes hay?

—Hemos de ir hacia Montparnasse. Pero antes convendría quitarnos de en medio a sus seguidores.

—De acuerdo. Vamos hacia la Isla.

Siguieron por el puente hasta L'Allée, mezclándose con las parejas de enamorados bajo los árboles. Los dos hombres que seguían a Luis desde hacía rato continuaban su vigilancia, pero cuando la pareja descendió a una de las terrazas sobre el río, y la mujer abrazó a Luis, besándolo, se detuvieron en la parte alta de la escalera, vacilando un momento.

—Están algo desconcertados —dijo la mujer al oído de Luis—. No esperaban tropezarse con una pareja de enamorados. Abráceme fuerte y siga la comedia… Uno se marcha ahora, tal vez vaya a avisar a sus compañeros…

—¿Y el otro?

—Se ha recostado en el pretil, vigilándonos.

—Tenemos que obrar aprisa. Vamos.

Se desasió, tomándola del brazo y llevándola arriba. Ambos fingían admirablemente su amartelamiento y el hombre que había quedado de guardia no sospechó nada hasta que la pareja estuvo a su altura.

Era un tipo alto y delgado, cuyo sombrero ocultaba casi del todo sus facciones. Recostado indolentemente, no perdía detalle del avance de la enamorada pareja… pero no previó lo que iba a suceder.

Justo en el momento que pasaban por su lado y la mujer tapaba a Luis este giró veloz, colocándose a un lado del hombre y ella hizo la misma maniobra.

Tomado de sorpresa, el hombre hizo un gesto que cortó la seca voz de Luis.

—¡Quietas las manos!

Es posible que el espía no hubiese hecho gran caso, de no ver las dos pistolas que reforzaban la orden. Así, obedeció.

—¡Cachéele! ¡Vuélvase cara a mí y no se mueva!

La mujer se deslizó hacia la espalda del espía apenas este obedeció la orden y con manos diestras palpó rápidamente,

quitándole una pistola y una navaja pequeña.

—No lleva más armas.

El hombre habló con mal humor.

—Esto es un cobarde atraco…

—¡Cierra la boca! Y ahora vente para abajo. Quédese de guardia.

Bajo la amenaza del arma, el espía obedeció. Alrededor, la rápida escena no había sido notada por las parejas.

—¿Qué va a hacer, robarme?

—He dicho que a callar. ¡Aprisa!

Hizo andar al hombre hasta el borde del agua.

—Ahora vas a tomar un baño. ¡Salta!

—¡No sé nadar!

—Aprende. ¡Salta o te pego un tiro!

Mascullando juramentos, el hombre se subió al pretil.

—Esto le va a costar caro…

—Más a ti si no te tiras —acompañó la frase con un metido de pistola y el espía se zambulló en las sucias aguas, poniéndose a nadar deslabazadamente.

Tras comprobar que el hombre iba hacia unas barcazas amarradas doscientos metros río arriba y no le era nada fácil lograrlo, Luis se guardó la pistola y fue hacia la escalera. Arriba, la mujer le miraba, apoyada en el pretil. Contestó a su gesto con otro tranquilizador.

De Soto ascendió de dos en dos los escalones. Tenían que apresurarse antes que llegasen los compañeros del forzado nadador.

Dio vuelta a la pilastra de piedra que terminaba el pretil… y se paró en seco, a diez centímetros de la pistola apuntada a su estómago.

—Hola, De Soto.

Una vez, hacía seis años, Luis había escuchado la misma voz suave, fría. Entonces dijo: “Nos volveremos a ver, De Soto”. Y de todas las personas que Luis no hubiera querido ver por nada del mundo, el dueño de aquella voz era la principal.

Levantó lentamente los brazos, mientras un chorro helado le calaba los huesos.

—Hola, Dittmar…

—Ya veo que me recuerda —rio el hombre, irónico. Era casi tan alto como Luis, delgado, pero ancho de hombros, y vestía correctamente un traje obscuro. Su cara sin carne, de finos labios y ojos implacables, había llenado de terror a mucha gente que conocía los sádicos refinamientos de tortura a que era aficionado el coronel Dittmar y había caído en sus manos.

—Me alegro de que sea así —prosiguió en igual tono—. Esto nos ahorrará presentaciones enojosas y le hará razonable. ¿Qué ha hecho con mi hombre, matarlo?

—Por desgracia, no. Solo le envié a nadar un poco.

—Tiene usted sentido del humor, De Soto. Pero, como todos ustedes, una estúpida repugnancia a matar. Bien, ahora va a acompañarme sin hacer tonterías. Tenemos a su amiga y no creo le agrade verla morir por culpa suya.

Por encima de su hombro, Luis miró hacia la agente. Un hombre la tenía, al parecer, cogida del brazo. Debían haberla sorprendido mientras le miraba deshacerse del otro…

El cerebro de Luis estaba trabajando a una velocidad vertiginosa. De ninguna manera podía resignarse a ser llevado donde Dittmar los tuviera a su merced. Significaría la muerte, una muerte indeciblemente cruel, para él y aquella muchacha; también una posibilidad menos para Wanda.

Pero, por el momento, nada tenía que hacer. Los ojos de Dittmar le vigilaban atentamente y el menor gesto sería fatal. Tenía que resignarse y esperar.

Se encogió de hombros.

—Usted gana, Dittmar. Vamos a donde guste.

—Me alegro de que lo reconozca. Nos ahorrará trabajos.

Hizo una seña con la izquierda y el otro hombre se les acercó con la muchacha.

—Pueden tomarse del brazo, si gustan —indicó Dittmar—. Nosotros les haremos compañía.

El cuarteto avanzó hacia el Puente Nuevo. Luis sentía en un costado el cañón del arma que empuñaba Dittmar y sabía que la del otro presionaba la cintura de su compañera.

Alrededor suyo pasaban parejas amarteladas que les tomaban por un grupo de amigos sin prestarles mayor atención. Ni un

gendarme a la vista, nadie a quien pedir auxilio. En el puente esperaría el coche de Dittmar y una vez dentro de él… “Lasciate ogni speranze”. Era irritante, increíble, odioso, saber que no podían escapar.

Y entonces vislumbró la salvación.

En una situación normal, Luis lo habría pensado mucho. Pero esta era de vida o muerte como pocas, para él y para otros. Apenas la idea chocó con su cerebro vio las escasas probabilidades de éxito que contenía, pero se decidió a ponerla en práctica.

Y la puso.

El rebaño de turistas ingleses estaba doblando la esquina del puente. La pareja de gendarmes venía despaciosamente desde el otro lado. Tenían que cruzarse con los primeros antes de llegar al negro automóvil detenido algo más allá.

De pronto, se desplomó al suelo como un peso muerto.

Fue tan inesperada su acción que Dittmar no pudo hacer nada para evitarla, aunque comprendió parte de sus propósitos. Una blasfemia en alemán se escapó entre sus dientes y por un momento pareció a punto de golpear al caído con el pie.

Pero ya el grupo de ingleses se habían fijado e iban hacia ellos, impidiendo toda acción a los nazis.

La muchacha intuyó también la desesperada posibilidad. Se desasió con un tirón, de su aprehensor y arrodillóse junto a Luis con un grito de alarma. Antes que los dos nazis pudieran reaccionar ya los turistas rodeaban al cuarteto y los gendarmes se acercaban.

Se armó un revuelo de voces excitadas en dos idiomas, varios turistas se arrodillaron junto al caído, uno de los gendarmes se abrió paso inquiriendo lo que ocurría…

Y entonces la muchacha estropeó el plan primitivo de Luis prestándole una insospechada variante.

—Mi novio ha sufrido un colapso —dijo al gendarme—. Padece del corazón y no ha podido resistir el susto.

—¿Qué susto?

—Estos dos hombres nos han atracado hace un momento. Nos llevaban hacia la punta de la Isla para desvalijarnos.

Veinte pares de ojos se clavaron en Dittmar y su ayudante con expresión de alarma y recelo. Cogido en su propia trampa, el nazi

intentó zafarse.

—¡Esto es una estupidez! ¡Somos amigos! Los señores nos habrán visto venir juntos, esta mujer no sabe lo que dice, oficial…

—Cachéelos. Llevan pistolas en los bolsillos de la chaqueta.

El gendarme se encaró con los dos nazis, frunciendo el ceño.

—Esto es una grave acusación. Habrán de dejarse cachear.

Pero aquello, o dejarse detener era la última cosa que Dittmar estaba dispuesto a hacer.

—¡Váyase a…! ¡Le digo que esa mujer está loca! Los dos están locos. Los llevábamos a un sanatorio de donde han escapado esta mañana.

—Una pobre excusa, "mesieur" —dijo fríamente el gendarme mientras llevaba mano a la pistolera —… Creo que será mejor aclarar esto en la comisaría. Levanten las manos, para ser cacheados.

Todo ocurrió entonces muy aprisa, demasiado para los turistas, que aún no habían digerido la conversación.

Dittmar y su compañero sacaron a una sus armas, adelantándose a los gendarmes. Chillaron los turistas, la compañera de Luis atrapó la diestra del nazi que tenía al lado, impidiéndole disparar, y De Soto se revolvió de pronto, lanzando su pie derecho en formidable impacto hacia el bajo vientre de Dittmar.

Este vio venir el golpe y lo esquivó por milímetros, recibiéndolo en el muslo. Aun así, lo hizo girar. Disparó, errando a su vez por poco la cabeza de Luis, al tiempo que su compañero golpeaba salvajemente a la muchacha en la cara, haciéndole soltar la presa. Los gendarmes vacilaron antes de disparar, Dittmar saltó de lado para evitar un nuevo ataque de Luis y una aterrada inglesa chocó con él, desviando su segundo disparo que fue a dar en el muslo a uno de los turistas. El gendarme y el compañero de Dittmar dispararon a un tiempo casi a bocajarro y los dos se acertaron de lleno. Luis ya estaba en pie y con la pistola empuñada buscando a Dittmar para meterle una bala y acabar con él.

Pero el nazi era harto inteligente para quedarse allí, ahora que la partida se había vuelto en su contra. Aprovechó el indecible barullo para abrirse paso violentamente entre los aturdidos turistas y correr hacia el coche negro, que se acercaba a poca velocidad.

Luis y el gendarme se abstuvieron de tirar contra él, por no herir a ningún inocente, y le vieron meterse de cabeza en el coche, desde el que dispararon contra ellos, aumentando la confusión.

Tomando a su compañera de la mano. De Soto corrió hacia la zona de sombra, escudándose por entre los otros fugitivos. El gendarme hacía lo mismo sin dejar de disparar contra el coche negro, sonaban sirenas policiales a lo lejos y Dittmar debió ordenar a sus hombres salir de allí cuanto antes, porque el automóvil enfiló raudo hacia el sur del río.

Los alrededores del Palacio de Justicia eran ahora un hervidero de gentes alarmadas. Sin preocuparse por ellas, Luis llevó a su compañera a la carrera, siguiendo la pared del palacio.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien.

—Tenemos que correr si queremos evitar complicaciones.

—Por mí, no lo haga. Me subiré las faldas si es preciso.

El *boulevard* du Palais, lleno de luces y tráfico, había apagado con sus ruidos los del tiroteo. Antes de llegar a él se detuvieron.

—¿Se me nota mucho el golpe de aquel bruto? —inquirió la muchacha—. Casi me ha dejado sin sentido…

—Muy poco. Venga, tomaremos un taxi.

Pararon uno, metiéndose en él.

—Al “Odeón” —ordenó Luis al taxista. Luego se acomodó junto a la chica—. Ha estado valiente y oportuna. La felicito.

—Gracias. Es el desquite. Me tomaron por sorpresa cuando le miraba dar el baño al otro.

—Me lo figuré.

—Yo no creí que regresaran tan pronto. ¿Quién era ese hombre de la voz helada? Parecían conocerse.

—Es Dittmar.

—¿El coronel Dittmar, de las S.S.?

—El mismo.

Ella silbó quedo.

—Pues nos hemos escapado de buena…

—Sí, por ahora

—¿Cree que volverá a dar con nosotros? Debe estar corriendo para despegarse de la policía.

Luis sonrió duramente, ofreciéndole un cigarrillo.

—Amiga mía, Klaus Dittmar no es de los que huyen por mucho tiempo y nunca dejó escapar una presa. Vamos a donde sea y dígale a André que la desligue de esto. Es demasiado joven para morir.

Ella rio. Tenía una hermosa sonrisa.

—Llámeme Lisa. No soy demasiado joven y me gusta este género de vida.

Luis se encogió de hombros.

—Entonces, allá usted. Bueno ¿dónde vamos?

—Rue Delambre. Alguien nos está esperando allí.

CAPÍTULO VIII

EL "Ostrolenka" era un pequeño restaurante cuya clientela se componía casi totalmente de refugiados de la Europa Oriental, gente toda ella poco sobrada de dinero. Aunque ya había pasado la hora de cenar la sala aparecía bastante llena y en ella podían oírse todos los idiomas de allende el telón de acero.

Luis y Lisa entraron con el gesto indiferente de una pareja en plan de deambuleo nocturno, aparentaron no hacer caso a las miradas curiosas o suspicaces que se les dirigieron y fuéronse hacia el mostrador, donde un tipo corpulento de grandes mostachos los esperaba aparentando no verles venir.

—Hola, Mikhail —saludó Lisa—. Un amigo nos está esperando hace rato.

—Subid al seis —repuso el hombre. Y en voz como un susurro —: hace un rato estuvieron aquí dos de la secreta comunista, husmeando. Vale más que terminéis pronto.

—Gracias.

—¿Es de confianza? —inquirió Luis mientras subían la escalera.

—¿Quien, Mikhail? Es polaco y los nazis fusilaron a toda su familia. Durante cuatro años estuvo en un campo de prisioneros y luego escapó tomando parte en la sublevación de Varsovia. Odia a muerte a los nazis. Venga, es aquí.

Llamó a una puerta con los nudillos, de modo especial, y a poco esta se abrió, apareciendo Chadwell ante ellos.

—Pasad.

Ya en el interior del reservado, los tres se miraron.

—¿Y bien? Habéis tardado mucho.

—Tuvimos trabajo. Llevábamos gente pegada a los talones.

—¿Y qué os ha pasado?

Luis hizo el relato rápidamente. Chadwell escuchaba con el ceño fruncido.

—Es, poco más o menos, lo que esperábamos. Dittmar está decidido a poner toda la carne en el asador para cazaros, porque ahora tiene casi tanto interés por ti como por Wanda. Cree que eres su cómplice, que sabes dónde está y dónde los planos.

—Es una agradable noticia.

—Para nosotros, sí. Esto va a permitirnos despistarlos. Por eso te enviamos a Lisa. Deberías haber notado que tiene los ojos azul-verdes.

Luis no había tenido tiempo de hacerlo. Ahora lo vio y también que, en líneas generales, podía pasar por Wanda, sobre todo de noche y para quien tuviera únicamente vagos datos de la polaca.

—Ahora caigo… Pero no creo que a Dittmar podamos engañarlo.

—Tal vez sí. El plan de André es que Dittmar siga una pista falsa. Lo que os ha ocurrido nos ayudará. Ahí fuera hay varios individuos que sospechamos están a sueldo de esa gente. Tened por seguro que ya habrán enviado aviso de vuestra presencia aquí. Esto nos servirá de mucho. Tú y yo tenemos la misma estatura y nos parecemos lo bastante para engañar a un espía situado en cualquier extremo del pasillo. Mi presencia aquí no la conocen. Vamos a cambiar de ropas y luego me llevaré a Lisa por el pasillo y la puerta de la cocina. Tú puedes salir por esta ventana al patio sin que te vean. Vete hacia Clichy. Uno de nuestros confidentes avisó al anochecer que una muchacha de señas parecidas a las de Wanda había estado comiendo en un restaurante barato. Te espera en la esquina de Clichy y Balignolles. La contraseña es: “Hay demasiadas luces en la noche”. Debes responder: “Aun se precisan más para ver el peligro”. Y ahora, démonos prisa.

Los dos hombres se despojaron de sus trajes, camisas y corbatas, intercambiándolos, mientras Lisa bebía una copa de licor. Luego, y cuando estaban terminando de vestirse, alguien llamó a la puerta, haciéndoles envararse.

—Traigo el café con pastas —sonó una voz al otro lado. Chadwell sacó su pistola.

—¡Es el aviso de peligro!

Fue a abrir mientras Luis y Lisa empuñaban sus propias armas.

Un camarero muy pálido, entró.

—¡Pronto, hay varios hombres en el restaurante interrogando a Mikhail! ¡Y un espía en la entrada de la escaleras…! ¡Tenéis que huir enseguida!

—¡Vamos, Lisa!

Chadwell y la muchacha salieron al pasillo. Un hombre fumaba junto a la escalera y el verlos aparecer silbó fuerte. Casi en el acto sonaron abajo ruidos de hombres subiendo las escaleras. El espía sacó una pistola, y ordenó:

—¡Eh, vosotros, quietos y mi…!

Chadwell disparó casi sin volverse, acertándole en plena cara. El hombre aulló, tambaleándose, y cayó grotescamente, hecho un ovillo.

Por la otra punta aparecieron dos hombres armados, Lisa disparó contra ellos, obligándoles a retroceder, y la pareja se metió rápida por otro pasillo, esquivando por milímetros dos balas.

Los dos nuevos agresores corrieron en su persecución, pero no contaban con Luis.

Este les salió al encuentro de un modo inesperado, disparando antes que ellos levantaran sus armas. Uno, alcanzado en el estómago, se dobló hacia adelante. El otro chilló como una rata cuando la bala le destrozó el hombro derecho, para desmayarse acto seguido.

Volviendo al reservado, Luis saltó a una silla y de allí a la ventana, yendo a dar sobre un tejadillo de poca inclinación. Oyó las blasfemias que estallaban a su espalda, órdenes en alemán y francés, silbatos policiales dando la alarma y el alarido aterrador del camarero a sus espaldas.

—¡No! ¡No me ma…! —cortado por dos disparos.

Se encogió tras un reborde del muro. Alguien asomó la cabeza imprudentemente por la ventana. Disparó sobre seguro y la cabeza se cayó pesadamente, resbalando hacia adentro.

Por todas partes, la noche se había llenado de ruidos. Chillaban mujeres, gritaban hombres, se encendían luces en las ventanas, aumentaban los silbatos de la policía… Hacia la otra parte de la casa sonaron disparos diciéndole que sus compañeros también eran perseguidos. La ventana del reservado se oscureció de pronto. Los

enemigos no pensaban dejarse cazar, tal vez le estaban ya preparando una trampa mortal… Pero Luis era un zorro demasiado listo.

Se escurrió por el tejado, como un gran gato silencioso, hasta unas chimeneas. Debajo, la tentación del patio era grande, pero no se dejó llevar por ella. Reptó por las resbaladizas pendientes hasta la casa cercana y de allí a la otra. En el momento que se izaba a pulso hacia una buhardilla, dos disparos sonaron a su espalda y dos balas se clavaron en el yeso a menos de diez centímetros de su cabeza. Saltó al otro lado del pequeño parapeto, oteando las sombras desde allí.

Sombras más densas estaban acercándose por los tejados. Contó cuatro. Podían ser más…

Se arrastró hacia la pequeña claraboya, comprobando con un suspiro satisfecho que estaba abierta. Sin pensarlo dos veces, se escurrió por ella hasta quedar colgado de las manos en aquel pozo negro. Luego se soltó.

Cayó de cuatro manos, lastimándose al chocar contra una mesa, y rodó al suelo con una sucesión de ruidos que se le antojaron demasiado fuertes.

Se levantó enseguida, frotándose las partes doloridas. La habitación seguía oscura y en silencio. O sus dueños dormían o estaban ausentes. En ambos casos, era una suerte.

Encendió su mechero, haciendo pantalla con la mano para matar la luminosidad.

Estaba en lo que parecía ser una buhardilla habitada por un bohemio con poco dinero y vacía de personas. Cojeando, fue a la puerta, la abrió y salió a un estrecho pasillo que daba a una escalera, y cerrando tras él, apagó el mechero. De momento estaba salvado.

La escalera hallábase en silencio. Por lo visto, los vecinos de la casa, con muy buen acuerdo, habían decidido que el tiroteo no era asunto suyo.

Bajó, procurando no hacer ruido, pero aprisa, pues constábale que sus seguidores no darían la caza por terminada. Al llegar al pie de la escalera se detuvo a escuchar, pero no escuchó ruidos delatores. Probablemente, el cuarteto estaba sopesando la conveniencia de asomar las narices por el cuadrado de la claraboya

con el peligro subsiguiente de que se las arrancaran de un balazo.

Abrió la puerta de la calle, oteando hacia afuera con precaución.

Estaba desoladoramente llena de gentío hacia la parte del restaurante. Y abundaban los policías por allí.

Solo le quedaba una solución: Salir con toda calma y correr el albur.

Así lo hizo, dirigiéndose recto a un gendarme que le miró con suspicacia.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Acaso ha estallado una revolución?

El representante de la Ley lo miró de arriba abajo sospechosamente.

—¿Quién es usted?

—Pues un honrado ciudadano al que no dejan dormir los tiroteos. Eso de que anden corriendo por los tejados sobre mi cabeza no me gusta nada.

El guardia se interesó.

—¿Dice que corriendo sobre su cabeza?

—Eso digo. Hay alguien por ahí arriba. Yo vivo en la buhardilla. Estaba pensando dónde ir mañana a pintar cuando han comenzado los tiros. Y luego se han puesto a correr y tirotearse por el tejado. Yo no quiero líos y por eso bajé a ver qué pasaba.

El gendarme ya estaba haciendo señas a otros compañeros, que se le acercaron aprisa.

—Este hombre dice que están por el tejado de su casa. Esa de enfrente.

—¡Vamos a verlo!

Aprovechándose de la confusión subsiguiente, Luis se escurrió por entre los curiosos hacia la estación de Montparnasse. Y estaba llegando a la otra acera cuando oyó reproducirse el tiroteo en la casa que acababa de dejar y sobre los tejados. Al mismo tiempo, creyó ver una figura furtiva que lo seguía.

Por si era así, apretó el paso, sorteando los policías que estaban llegando desde todas partes.

Afortunadamente, eran muchos los trasnochadores y además, salían viajeros en cantidad de la estación, todos los cuales se detenían, formaban grupos y se preguntaban qué ocurría. Se

escurrió hábilmente por entre ellos y entró en la estación, bajando, a toda prisa. Un tren estaba llegando. Otro a punto de salir en opuesta dirección.

Avanzó aprisa, pasando por delante del coche motor, corrió a lo largo del andén y se cogió al vuelo de la primera portezuela abierta en el momento que arrancaba el tren. Atravesando el interior, oteó a través de la ventanilla cuando el tren alcanzaba la trasera del otro.

El individuo que le había seguido estaba yendo aprisa hacia el coche de la Bastilla… pero él iba hacia la puerta de Versalles.

Luis sonrió anchamente, satisfecho de sí mismo.

“Bueno, amigo, creo que por esta noche os di esquinazo”, pensó, volviéndose, para buscar un asiento libre.

Y al hacerlo, quedóse como clavado en el sitio por el asombro y la incredulidad.

Frente, a él, mirándole de modo extraño, estaba Wanda.

CAPÍTULO IX

ESTABA sentada un poco más allá, tensa y erguida, con una expresión indefinible en su bello rostro. Vestía modestamente un traje azul y un sombrerito de ancha ala, graciosamente ladeado, ocultaba bastante bien sus ojos. No se movió cuando él, pasada la primera impresión, se acercó con una sonrisa incrédula. El departamento se hallaba medio vacío, pero había gente sobrada para que pudiesen hablar de nada interesante.

—Hola…

—Hola.

Nada más. Estaban hablando sus ojos. Los de ella decían: "¿Por qué me persigue?" "¿Cómo me ha encontrado?" Y los de él: "Esta ha sido la más sorprendente de las casualidades, porque yo la buscaba".

—¿Puedo sentarme a su lado? —habló despacio Luis. Y ella asintió con leve gesto.

Volvieron a mirarse en silencio. Luego, él rio quedo desconcertándola.

—¿Por qué esa risa?

—¿Sabe de dónde vengo?

—Desde luego que no…

—De dejar un sitio muy caliente donde unos conocidos suyos andan a estas horas corriendo detrás de usted.

Aumentó el desconcierto de la joven… y su desconfianza.

—No le entiendo.

—Luego se lo aclararé, porque esta vez sí que no voy a dejar que se me escape. Y ahora hablemos de cualquier tontería en voz alta. A usted y a mí nos están siguiendo la pista todos los exnazis de París.

Wanda volvió a envolverle con aquella mirada indefinible. Sus manos, larvas y cuidadas, de exquisita belleza, se movieron nerviosas sobre la falda, pero obedeció y se puso a comentar su callejeo “para ver tiendas” durante la tarde.

Cuando se detuvieron en Petits Ménagos, Wanda se levantó.

—Bajo aquí.

Luis la tomó del brazo, tranquilamente, y así salieron a la poco concurrida estación, atravesándola no sin mirar si eran seguidos o se les vigilaba. Ya en la calle, ella fue hacia el *boulevard* Gambetta.

—Y ahora, cuénteme cómo me ha podido encontrar —dijo tensamente.

—No la he encontrado. La estoy buscando, eso sí, desde que escapó de casa de mi amigo.

—¿Por qué? No quiero que me siga…

—Es posible. Pero usted necesita protección y aunque no lo crea, estarnos embarcados en la misma nave.

—Antes dijo que venía de un sitio donde me estaban persiguiendo… —habló ella tras una corta pausa.

—Así es. Y a mí. Al menos, eso es lo que se figuran los perseguidores.

—Explíquese mejor.

Habían llegado al “boulevard” casi desierto a tales horas e iban paseando lentamente, como una pareja de enamorados. Luis se detuvo, mirándola a los ojos.

—Primero voy a darle dos noticias. Dittmar está en París.

La vio tensarse, conteniendo el aliento, y estuvo seguro de que palidecía.

—¿Ditt…mar? —murmuró con acento impregnado de miedo.

—Sí. Ha venido directamente por usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Escuche, Wanda —la tomó por los brazos, sin que ella se opusiera—; quiero que confíe en mí. Sé quién es usted, su misión y por qué la persiguen. No lo sabía cuando entró en mi cuarto del hotel, ni cuando la liberté en aquella pensión, pero ahora sí. Y, es más, estoy encargado de buscarla.

—¿Por quién?

—Por el Servicio Secreto de los Estados Unidos…

Ella suspiró hondo, relajándose.

—No puedo confiar en nadie… —dijo con voz queda—. Quisiera hacerlo en usted, Luis…

—Tiene que hacerlo. Ya le he dicho que estamos metidos en el mismo barco. Los nazis me creen su cómplice y el único que conoce su paradero. Me buscan con tanto ahínco como a usted.

—¿Es agente norteamericano?

—Lo fui. Tuve que huir de los Estados con una acusación de traidor. No por cosa que me deshonre; soy portorriqueño y luché por la libertad de mi isla. Estaba refugiado en París, mis antiguos compañeros no me han perdido la pista y supieron que era yo el individuo del "Hotel Duroc" y la pensión de la rue Richer. La misma mañana que usted me dejó uno de ellos estuvo en casa de Salinas para llevarme junto al jefe del Servicio en Francia… De haberse quedado allí ya estaría cumplida su misión. Bueno, me pidieron que la localizara, prometiéndome la amnistía, y me contaron la historia. Llevo tres días escudriñando París tras su pista, con todos los nazis del comando de Dittmar buscándome a mí. Porque lo gracioso es que, al parecer nadie sino yo conoce bien su cara. Esta noche…

Le contó todo lo ocurrido mientras reanudaban la marcha lentamente. Wanda escuchaba en silencio, interesada y abstraída. Cuando él terminó hizo una pregunta.

—Eso explica su actuación desde hace tres días. Pero… ¿y la de aquella noche en la Cocquerie y la pensión?

Cogido fuera de guardia, Luis se desconcertó. Dábase cuenta de que los ojos de Wanda lo miraban interrogadores. No podía decirle la verdad, no se la creería. Optó por un término ambiguo.

—Soy un hombre de lucha acostumbrado a las intrigas. Cuando una hermosa e intrigante mujer entra en mi cuarto como usted lo hizo, y unos tipos raros me tratan acto seguido del modo que lo hicieron aquellos… Bueno, no puedo quedarme con los brazos cruzados.

—¡Ah! —dijo ella. Y en su voz había una leve nota desilusionada.

Pero Luis no lo notó.

—Ahora, hablemos de usted. ¿Qué ha hecho durante estos días?

—Esconderme y ver si lograba entablar contacto con alguna Embajada o Centro Oficial.

—¿Cómo? Nada saben de usted.

—No he querido utilizar el teléfono, temiendo que los nazis tengan espías.

—Los tienen y también en Correos, con orden de escamotear todas las cartas dirigidas a determinados individuos. Los nazis no dejan nada al azar. Además, tienen bajo vigilancia todos los sitios y personas que pueden ayudarla y son conocidos por ellos.

—Ya lo sé. Llevo setenta y dos horas intentando ponerme en contacto con mis amigos y esquivando espías. Estoy agotada…

—Ahora ya ha terminado su odisea.

—¿Usted cree?

—Sí. Mañana temprano llamaré a André. Podrá desembarazarse de esas películas y él nos proporcionará el medio de dejar París y ponerla a salvo en Norteamérica. ¿Dónde iba usted ahora?

—A descansar un poco. Hay una barcaza junto al puente d'Issy, pertenece a un viejo polaco que nada sabe de política. Cree que soy una estudiante sin dinero y me ha dejado dormir en ella estas noches. Nadie va a buscarme allí…

—¡Pobrecilla! —Luis oprimió su brazo, conmovido, y por un instante Wanda se apretó contra él, con abandono. Fue tan solo un minuto. Después se separó ligeramente, como avergonzada de su actitud.

—¿Qué habrá sido de sus compañeros?

—No sé. Confío en que hayan tenido suerte. Desatamos un buen escándalo al huir y Dittmar estará rabioso, si no me equivoco, porque su presencia ha sido descubierta y eso multiplica su riesgo. Todos los gendarmes de Montparnasse se reunieron en torno al “Ostrolenka”.

Rio levemente. Wanda se estremeció.

—Dittmar… Allá en Polonia se cuentan de él cosas horrendas.

—Lo creo. Es una bestia sádica. Estamos llegando al río. Escuche, será mejor que tomemos alguna precaución antes de ir a esa barcaza. Tal vez la han visto entrar o salir de ella, yéndose de la lengua, y son muchos los que siguen su pista.

—No creo…

—De todos modos, es mejor.

Salieron al solitario Quai d'Issy, cruzándolo hasta los pretiles del río. Y cuando estaban avanzando despacio bajo los árboles que lo bordeaban Wanda señaló una masa oscura.

—Aquella es la barcaza.

—Hay alguien fumando sobre cubierta.

—¿Está seguro?

—Sí. He visto poco antes un destello que solo puede provenir de un cigarrillo.

—¡El viejo Jarko solo fuma en pipa!

—¡Hum! —los ojos de Luis escudriñaron las sombras—. También hay alguien recostado en esa pilastra. O mucho me engaño, o nuestros amigos descubrieron su escondite. Pronto lo sabremos.

—¿Qué va a hacer?

—Ahora lo verá. Hábleme cariñosamente y apóyese en mí…

El hombre que parecía incrustado en la sombra de la pilastra les miró acercarse sin recelo. Era un tipo realmente poco tranquilizador y menos en tal sitio y a tal hora. Pero estaba esperando a una mujer sola, y no a dos tórtolos. Sin embargo, pensó que era una lástima verse obligado a dejar pasar aquella presa. En fin, las órdenes eran órdenes…

Luis había pasado el brazo izquierdo por la cintura de Wanda y esta dejaba caer la cabeza sobre su hombro. En realidad, parecían estar besándose y no haberse dado cuenta del otro. Una mueca de fastidio curvó los labios del espía. Dos "palomos" idiotas camino de cualquier pensión barata…

Probablemente, nunca recibió mayor sorpresa en su vida que cuando los dos "palomos" llegaron a su altura.

—¡Quieto o te abraso! Echa a andar delante de nosotros sin volver la cabeza y poniendo las manos detrás. ¡Aprisa! ¡Como intentes la menor señal te parto de un balazo!

Aturdido, el hombre miró la negra "Luger" y al que la empuñaba, súbitamente erguido y amenazador. También a la pistola que la muchacha había sacado de alguna parte y apuntaba firmemente. Comprendió que había caído en una trampa, blasfemó… Pero obedeció.

—Ahora cruza la calzada hacia las vías. Mucho ojo con los gestos raros.

Maldiciéndose y maldiciéndolos, pero cobarde como todos los de su ralea, el otro siguió al pie de la letra sus instrucciones. No podía ver que Luis y Wanda habían ocultado sus armas. Por otra parte, la circulación por el Quai era muy escasa a tales horas. Atravesaron la calzada, yendo hacia los solares que daban a las vías. Allí, Luis ordenó al otro que se detuviera.

—Y ahora, amigo, vas a cantarnos claro lo que hacías emboscado junto al río. Ahórrate mentiras que no voy a tragarme. Si eres sensato, podrás salvar la piel. Si no…

Dejó en el aire la amenaza. El otro tragó saliva penosamente.

—No pueden matarme… Sería un asesinato.

—No te preocupes por la definición. ¿Hablas, o no?

—¿Qué… quieren saber?

—Lo que estabas haciendo y quién te ha ordenado esperar a una muchacha y raptarla de la lancha del viejo Jarko.

Fue una jugada maestra, pues el hombre comprendió que nada ganaría con negar.

—Oiga, yo… Bueno, es verdad que estaba allí, pero solo para avisar cuando ella llegara.

—¿A quién?

—A tres compañeros que aguardan en la barcaza.

—¿Qué hay del viejo?

—No le hemos hecho daño… Verá, comprendo que no hay justificación, pero no tenemos dinero y esta tarde un amigo nos propuso el negocio… Teníamos que esperar a la señorita, capturarla sin hacerle daño y llevársela a un tipo que anda chiflado por ella, eso nos dijeron. Nos daban veinte grandes a cada uno y era mucha tentación.

—Vuélvete de espaldas. Voy a cachearte.

—Le digo que… ¡Aaagh!

Cayó como un fardo al recibir el tremendo culatazo en la nuca. Luis se arrodilló a su lado, le quitó el cinturón y lo ató diestramente, amordazándolo, y luego lo levantó, llevándolo a un hoyo rodeado de escombros, donde lo dejó caer. Después regresó junto a Wanda.

—Como ve, por todo París le están siguiendo la pista y ningún refugio es bastante seguro para usted. Debieron enterarse de algún modo y le han tendido esa trampa. Si no está esto lleno de nazis es porque Dittmar anda ahora siguiendo una pista falsa, pero tal vez lo tengamos aquí muy pronto. Así es que vamos a largarnos a toda prisa.

Wanda estaba abatida. Lo demostró su voz.

—Pero, ¿a dónde?

Luis la volvió a tomar del brazo.

—¿Tiene ya confianza en mí?

Por un instante, ella aguantó en silencio la mirada.

—Sí… creo que sí.

—Está bien. Entonces, prométame que no volverá a escapárseme.

—Se lo prometo.

—Vamos. Conozco un sitio lo bastante seguro para usted.

CAPÍTULO X

CON pasos quedos, para no despertarla, Luis se acercó a la cama donde Wanda dormía sin desvestirse, con el sueño pesado de la fatiga, Y se quedó mirándola extasiado.

Wanda Skobleska… Valiente y hermosa mujercita merecedora de todos los sacrificios, luchas y peligros que pudiera correr… Había ganado su corazón y estaba dispuesto a todo para salvarla, sacándola de Francia y llevándola a los Estados Unidos. Una vez allí procuraría ganar su amor, porque la idea de perderla ya se le hacía insoportable y no imaginaba mayor felicidad que la de tenerla por esposa.

Se acercó de puntillas a la cabecera del lecho y quedó inclinado sobre ella, mirando su bello rostro en la serena paz del sueño, las largas pestañas abatidas, la fresca boca entreabierta, las guedejas de cabello, ahora oscuro… Wanda dormía tranquila, confiada en él. Wanda, su amor…

Se agachó más, con un impulso, rozando su mejilla con los labios. Luego, tras una nueva mirada, salió del cuarto.

En la pequeña cocina, Franchette, ojerosa y desgreñada, estaba calentando café. Le sonrió picarescamente.

—¿Qué tal sigue tu amada, Dedé?

—Durmiendo. Y como se te escape delante de ella que la quiero, te arranco las orejas.

—¿Por qué? Los hombres sois tontos. ¿Crees que ella no lo sabe ya? Anda, tómate ese café y deja que me vaya a dormir también.

—No puedes hacerlo, pequeña. Ya sabes que Wanda corre peligro, necesito que vigiles hasta mi regreso. A la menor señal de peligro, despiértala y hazle escapar, ya sabes.

—Sí. Y yo he de quedarme aquí para que me degüellen. ¡Todos estos líos de espías…! Bueno, no me dormiré. Pero date prisa en

regresar. ¿Qué le digo si se despierta?

—Que he ido por André. Hasta luego.

Antes de salir a la calle oteó arriba y abajo hasta convencerse de que no había ningún espía. Y luego avanzó deprisa, ojo alerta a todos los detalles.

Las primeras luces del alba estaban apuntando sobre los tejados y habían remitido los ruidos. París dormía, al menos en su mayor parte.

Atravesó varias calles y plazas estrechas y tortuosas antes de meterse en un teléfono público. Marcó un número y esperó.

Tardó rato en llegar una voz desde el otro lado.

—¿Quién es?

—Príncipe Loco.

—¿Dónde está?

—A salvo. Tengo la carta que me envió a buscar. Venga a C 7-2. Estaré en la esquina de 2-C.

—De acuerdo. Espérame.

Colgando, Luis salió a la calle. André ya tenía su mensaje, llegaría allí dentro de quince minutos. Y antes de una hora, Wanda habría cumplido su peligrosa misión.

Se arrimó a la pared, entre un quiosco y un portal, y encendió un cigarrillo.

Una luz gris y borrosa comenzó a llenar la plaza de Clichy, los vehículos del servicio de limpieza estaban en funcionamiento. Trabajadores soñolientos iban hacia las entradas del Metro o salían de ellas, pasaban pocos coches particulares. Uno lleno de juerguistas, salió de la rue de Petrograd, yendo hacia la de Caulaincourt. Una pareja de borrachos discutía cierto punto de interés mientras mantenían precariamente el equilibrio. Algunas parejas iban de retirada y una mariposa callejera pasó por su lado mirándolo con descarada invitación. Posiblemente se le había dado mal la noche…

Un automóvil gris apareció en el *boulevard* de Balignolles rodando despacio hacia donde Luis esperaba. Se detuvo al borde de la acera y un segundo después De Soto estaba a su lado, abriendo la portezuela posterior.

Arrancó el coche suavemente. André estaba sentado en el rincón

opuesto del coche.

—¿La ha encontrado?

—Sí. La tengo en un refugio bastante seguro, ahora lo llevaré allí. La he dejado durmiendo. Está agotada.

—¿Cómo lo consiguió?

—Puro azar. ¿Qué hay de Lisa y Chadwell?

—Malas noticias. Nada sabemos de ellos; llegué a creer que Dittmar les había atrapado a todos.

—Poco faltó. Tenía rodeado el "Ostrolenka". Tuvimos que abrimos paso a tiros. Ellos fueron hacia la puerta trasera y yo escapé por los tejados. ¿Cómo quedó la cosa?

—Un buen escándalo. Hay varios muertos y heridos, pero Dittmar escapó. Mataron al dueño del local y a un camarero, pero de ellos hay cuatro muertos y dos heridos. La Prensa hablará de batalla entre bandas rivales; ya nos pusimos en contacto con el Deuxiéme Bureau y despistaron a la policía, no es asunto para ella. Ahora, cuénteme su historia desde que Lisa lo encontró, porque me figuro que fueron ustedes los protagonistas del otro tiroteo en el Puente Nuevo.

—Así es. Y Dittmar. Debió advertirme que estaba en París. Ya sabe que él me conoce.

—Ignoraba su presencia en París hasta anoche: no pude avisar a Lisa.

Luis hizo un somero relato de todas sus peripecias, terminando:

—… Así que la llevé a casa de una buena amiga mía de toda confianza. Ahora iremos allí. Pero en cuanto usted tenga esos planos necesito que se le faciliten los medios para marchar a los Estados Unidos inmediatamente. Su vida estará en constante peligro mientras permanezca en Europa y hemos de impedir a toda costa que nada le ocurra. Es lo menos que podemos hacer por ella, a cambio de su hazaña.

André le miró con curiosa sonrisa.

—¿Es solo patriótico interés el suyo, De Soto? Tengo entendido que se trata de una muchacha muy hermosa…

—Hermosa y valiente. Y si lo que quiere saber es si me he enamorado de ella, le diré que sí. Y no estoy dispuesto a permitir que nada le ocurra.

—Nada le ocurrirá si podemos evitarlo. Si nos entrega esos documentos tendremos contraída una gran deuda con ella. Y ahora, lléveme a su escondite.

—Conviene dejar el coche por aquí. Ya sabe de qué modo está Dittmar cribando la ciudad.

Era ya día claro cuando subieron las escaleras que llevaban a casa de Franchette. Luis llamó de un modo especial, se dio a conocer a la desconfiada muchacha y los dos hombres penetraron en la pieza.

Wanda ya estaba levantada y bastante repuesta por el sueño. Miró escrutadora a André.

—Este es André, Wanda. Jefe del Servicio americano en Francia. Le presento a la señorita Skobleska.

—Me siento muy honrado, señorita. Y puedo anticiparle que mi país sabrá premiar su valerosa hazaña.

—No lo hice por su país, señor, sino por todos los muertos bajo el terror nazi.

—El resultado es el mismo.

—Tal vez. ¿Puede darme pruebas fehacientes de su identidad?

André sonrió.

—Creo que sí. Examínelas.

La muchacha examinó concienzudamente los documentos que André le entregara.

—Si tiene alguna duda, puedo llevarla directamente al Cuartel General de la NATO para mi identificación.

—No… No hace falta —le devolvió los documentos con evidente alivio—. Creo que mi misión va a terminar, por fin.

—¿Tiene aquí esos documentos?

—No. Hemos de ir a buscarlos. Están en la consigna de la Gare de l'Est.

—Tengo mi coche cerca. Vamos por ellos.

Bajaron a la calle, que ya comenzaba a animarse por el diario movimiento, y caminando Wanda entre los dos hombres, llegaron donde esperaba el coche, montando en él.

Apenas si hablaron en todo el trayecto. Cuando el coche se detuvo junto a la estación, Wanda dijo:

—Ahí, en ese quiosco, por favor.

Un muchacho pelirrojo y desgarbado estaba apilando paquetes de Prensa. Miró a Wanda como queriendo reconocerla, ella le sonrió.

—Hola, Pierre. ¿Se acuerda de mí?

La cara del chico se iluminó.

—Ahora sí. ¿Por qué se ha teñido el pelo? Estaba más bonita al natural.

—Gracias… Estos son dos amigos. Supongo que conserva el paquete que le di a guardar.

—¡Pues claro? ¿Ya encontró empleo?

—Sí, uno bastante bueno. No habrá dicho a nadie que me lo guardaba.

—¿Por quién me toma? Yo se cumplir mi palabra…

Se volvió, alcanzando un paquete bien atado, de detrás de unas novelas.

—Tome, aquí lo tiene.

André sacó la cartera y de ella un billete de mil francos.

—Toma, muchacho, para que compres bombones a tu novia.

—Olga, yo no cobro los favores…

—Es un regalo, Pierre, tómelo —y Wanda dio al chico un beso en la mejilla—. Este es el mío.

—¡Caray! Ese si es un regalo. Gracias, "mademoiselle"…

Volvieron al coche. Dentro de él, Wanda deslió el paquete; contenía unos libros forrados, y de la envoltura de uno extrajo un resguardo de equipaje.

—Aquí está.

—No conviene perder más tiempo, vamos.

El encargado de la consigna tomó el billete, le echó un vistazo y rebuscó por entre el maremágnum de equipajes un buen rato mientras el trío esperaba consumido de impaciencia. Luego volvió llevando un pequeño y usado maletín de cuero.

—Aquí tiene…

Wanda lo asió nerviosamente. Luis y André eran todo ojos cuando regresaban al coche. Una vez dentro de él, y ya rodando hacia el *boulevard* Strasbourg, Wanda pidió:

—Denme una navaja o algo para cortar el cuero. Tiré las llaves por precaución.

Luis sacó un cortaplumas.

—Traiga.

Con mano firme, cortó el cuero de punta a punta y luego hacia abajo, dejando al descubierto el interior del maletín.

Estaba lleno de prendas femeninas. Wanda rebuscó entre ellas con dedos nerviosos, hasta dar con un paquete envuelto en cuero y fuertemente atado. Tuvo que dárselo a Luis para que cortara los nudos.

Contenía una cantidad de libretas y papeles. Tres suspiros hondos sonaron en el coche.

Wanda se los pasó a André.

—Aquí tiene —dijo con voz velada—. Han costado las vidas de muchos valientes. Ojalá su país sepa hacer buen uso de ellos.

—Lo hará —André enrolló cuidadosamente el paquete y lo metió en una cartera especial de seguridad—. Y velará por usted. Ha hecho un gran servicio a su patria, a la mía y a la causa de la Humanidad. Los Estados Unidos sabrán agradecérselo.

—¿Qué hacemos ahora, André? —intervino Luis—. Usted ya tiene los documentos, pero hay que llevarlos a los Estados y sacar de Francia a Wanda. Dittmar debe estar loco de rabia a estas horas. No podemos perder ni un solo minuto.

—No se va a perder uno más de los necesarios. Tengo que comprobar estos documentos, una vez hecho, se enviarán por caminos distintos al aeródromo militar d'Orly. Tenemos preparada una cuadrilla de aviones a reacción desde hace una semana. Ustedes dos van a esperarme en una joyería de la rue de Rivoli. Estaré allí antes del mediodía con dos pasaportes: el suyo y el de la señorita. Un coche militar les llevará al aeródromo de Le Bourget, todo estará preparado para su marcha y ustedes en el aire antes de que Dittmar pueda sospechar que ya tenemos los documentos de tanta importancia para todos.

CAPÍTULO XI

—POR fin terminó la pesadilla… —suspiró Wanda, dejándose caer en un sillón. La luz solar, entrando por las ventanas de la habitación remarcaba los cercos violáceos en torno a sus ojos. Luis la miró con cariñosa solicitud.

—Está usted agotada…

—Física y moralmente. Desde hace semanas he vivido como una fiera perseguida a través de media Europa… Creo que no hubiera podido resistir mucho más; pero ahora mi misión está cumplida… Mi pobre hermano… —se le quebró la voz, y escondió la cara entre las manos. Al instante, Luis estaba a su lado.

—No debe pensar más en eso, Wanda —le habló firme con dulzura—. Piense que toda la ordalía de miedo y sombras que ha llevado terminó ya y le espera una existencia libre y feliz. Ahora irá a los Estados Unidos. No es, ni mucho menos, un paraíso; yo, como portorriqueño, tengo mis motivos para decirlo. Pero es al menos un país donde existe la suficiente democracia como para que una persona pueda dormir tranquila sin miedo a ver asaltado su hogar inesperadamente por la policía secreta, y donde el ciudadano está bastante protegido por las Leyes para sentirse seguro y libre de sus actos. Dentro de pocas horas estará allí.

Ella le miró hondamente, de un modo que hizo temblar a De Soto. Y luego hizo una pregunta desconcertante.

—¿Por qué me besó esta madrugada, Luis? Noté sus labios sobre mi mejilla.

De Soto se azoró como un colegial. ¡De modo que ella lo había notado…! Y aquella mirada…

Decidió jugarse el todo por el todo.

—Wanda, yo…

Alguien llamó con urgencia a la puerta, cortando sus palabras y

haciéndoles mirar con aprensión. Tragándose el coraje por la inoportuna interrupción, Luis corrió a abrir.

Un hombre de mediana edad y correctamente vestido, al que André había presentado como el joyero Renant y hombre seguro, se le encaró excitado.

—¡Aprisa! Acaban de pararse dos coches frente a mi local y varios hombres están entrando. Uno de ellos, por lo que me han dicho ustedes, es Dittmar. ¡Tienen que huir enseguida!

Luis masculló una maldición, volviéndose a Wanda, que había palidecido.

—¡Vamos, Wanda!

Salieron aprisa al pasillo, guiados por el joyero.

—Hay un pasadizo que lleva al otro lado de la manzana y un coche dispuesto, por si se presentan situaciones parecidas… ¡Dense prisa, ya vienen!

Era cierto. Estaban llegando voces en francés y alemán desde la tienda y ruido de pisadas por la escalera.

Los fugitivos corrieron hacia el otro extremo del pasillo, donde el joyero abrió una pequeña puertecilla.

—¡Pasen!

—Vaya usted delante con Wanda —ordenó Luis—. Yo los entretendré mientras preparan el coche.

—Pero…

—¡No discuta!

Empujó al hombre y la muchacha, aplastándose contra la esquina del pasillo. Y en el momento que los asaltantes aparecían en el hueco de la escalera, disparó dos veces contra ellos.

Oyó dos gritos de dolor, varias balas fueron a clavarse en la pared, sacando esquirlas, y la voz perentoria de Dittmar ordenó:

—¡Adelante, perros! ¡Lo quiero vivo!

Entonces rio alto, con deliberado propósito.

—¡Le será difícil, Dittmar!

Volvió a disparar sacando solamente la mano y apuntando de forma que barriera el pasillo. Le contestaron nuevos disparos.

Entonces se deslizó hacia la puerta, que cerró a su espalda, y encendiendo el mechero bajó los escalones a toda prisa, corriendo luego por el angosto pasadizo. Oyó cómo saltaban de un balazo el

pestillo de la puerta cuando divisaba un cuadrado de luz y la sombra de Wanda recortándose en él.

—¿Luis?

—¡Suba al coche! ¡Aprisa!

Salió a un pequeño patio cubierto. Un “Delage” nuevo ronroneaba frente a la puerta abierta, por la que se veía el tráfico de la calle. El joyero ya estaba al volante.

—¡Deje el volante! —le ordenó mientras abría la portezuela—. ¡Yo conduciré!

Wanda ya estaba dentro. El joyero obedeció y Luis aferró el volante, sacando el automóvil a la calle. Luego torció lújela el Palais Royal.

—¡Wanda, mire si nos siguen?

La muchacha estaba ya oteando por la ventanilla trasera.

—Un coche negro se ha detenido junto al patio… ¡Salen varios hombres! Dos montan en él… ¡Sí que nos siguen!

—Bien. Escúchenme. O mucho me equivoco o Dittmar ha tomado bien sus medidas para atraparnos. Voy a intentar la única salida factible. Iré hacia la plaza de la República a la mayor velocidad posible. Cuando lleguemos, pararé un segundo. Salten a la acera y corran a la estación del Metro. Bajen en la Concordia y vayan a la rue Marigñan, 88. En el tercer piso está la oficina de André. Explíquenle lo ocurrido y que haré lo posible por despegarme de los nazis y despistar a Dittmar.

—Yo no le dejo, Luis —habló firme Wanda—. Nos salvaremos juntos.

—¡Usted va a obedecer! ¿Sabe lo que Dittmar le hará si la coge, máxime cuando sepa que ya entregó los documentos? Renant, se la confío, y confío en usted.

—Esté tranquilo, De Soto…

El “Delage” corría a la máxima velocidad posible, llegó al *boulevard* de Strasbourg y zigzagueó por entre el tráfico, sorteando milagrosamente a los demás vehículos, cuyos conductores llenaban de maldiciones al suicida que lo guiaba. Varios guardias intentaron pararlo sin lograr otra cosa que exponerse a ser atropellados. Luis conducía poniendo toda su pericia a contribución, sabiendo que solo si conseguía despegarse lo bastante de Dittmar podría haber

una esperanza de salvación para Wanda. No se hacía ilusiones sobre su propia suerte. El coronel nazi estaba demostrando lo completo y eficaz de su equipo colaborador; apenas dos horas después de haber llegado a la joyería ya había descubierto su paradero. Debió tener espías en la estación, como los tenía en todas partes. Docenas de espías, hombres que trabajan ciegamente por un mesiánico ideal tanto como por dinero y eran por eso más peligrosos. En todos los rincones de París los habría y él tenía que atraer ahora su atención para que Wanda pudiera escapar. ¡Wanda…! ¿Habría comprendido ella? ¿Comprendería por qué iba a sacrificarse en su favor? No había tenido tiempo de decírselo, tal vez ya nunca lo tendría…

Sorteó a un autobús que se le echaba encima, pasó entre dos coches casi rozando a ambos, viró sobre dos ruedas casi matando a un par de aterrados ciclistas que apenas si tuvieron tiempo de tirarse a la acera, y embocó la rue Torbigo sin disminuir la velocidad.

—¡Prepárense a saltar fuera!

—Luis

—¿Qué?

—¡Por lo que más quiera, no se deje coger…!

Ella había comprendido… Una ola de violenta alegría sacudió a De Soto. Ahora todo iba a ser más fácil.

—Gracias, Wanda. Procuraré hacerlo. En cuanto frene, abran las portezuelas y corran hacia la boca del Metro. Han de estar dentro antes de que ellos aparezcan.

La ancha plaza estaba ya delante y los coches habían disminuido un tanto. Pasó por un cruce de peatones en el mismo segundo que la señal verde se abría, dobló a la izquierda, echándose casi encima del alarmado guardia de tráfico. Detrás de ellos sonaba ya la sirena de un patrullero. Bien, le quedaba tiempo para su plan.

Frenó sabiamente, llevando el coche con un ruidoso patinazo frente a la entrada del Metro.

—¡Ahora!

Wanda y Renant abrieron las portezuelas al unisonó, saltando a la acera y corriendo hacia el Metro por entre los sorprendidos

transeúntes. Antes, ella se volvió para enviarle una mirada honda, de intensa significación.

Luis no esperó a verles desaparecer. Volvió a arrancar y a menos velocidad atravesó la plaza. Sabía que Dittmar le iba a los alcances; le haría correr un rato más.

Llegó frente a la otra entrada del Metro cuando el patrullero, con el coche negro pegado a él, desembocaban en el lado opuesto de la plaza. Paró, saltando a tierra justo cuando cesaba la sirena, y sonrió. Los segundos que la policía tardase en averiguar su ruta eran preciosos. Dittmar no podía descubrir su añagaza con tiempo suficiente para apresar a Wanda…

Se abrió paso hasta la entrada, bajó rápidamente al andén y vio un tren a punto de partir. Cruzando el andén en dos zancadas se arrojó a la portezuela casi de cabeza. Esta se cerró tras él y el coche arrancó.

Iba lleno de gente de todos los pelajes y no observó ninguna mirada o gesto de sospecha. Solo debía ser para aquellas gentes un empleado que había cogido “su” coche por los pelos.

Encendió un cigarrillo, haciendo caso omiso de los carteles prohibitivos. Lo necesitaba para reflexionar.

Dittmar estaba trabajando a marchas forzadas y del mismo modo habría que obrar para vencerle. Hasta el momento, lo había conseguido, con una enorme dosis de suerte. Pero ¿le duraría esta siempre? Con tal de que Wanda pudiera ponerse a salvo, poco le importaba. Libre de la preocupación que ella le suponía, no le daba mucho miedo Dittmar, y menos sus sectarios. Ya sabría burlarles…

Ahora, el ex S.S. se vería ante un dilema. Tal vez ya habría averiguado su finta, pero aun en el supuesto de que así fuese, aunque ya supiera que Wanda dejó el coche en la otra boca del Metro… ¿Quién llevaba los documentos: ella o De Soto? Y eran los documentos lo que Dittmar necesitaba. Iba a perder unos minutos preciosos en decidir, otros en averiguar qué caminos siguieron los fugitivos, otros en dar el alerta a su red de espías. Demasiados minutos…

Cuando el coche llegó a Opera saltó al andén, subió al exterior y con paso mesurado fue hasta un bar cercano. Sus ojos escudriñaban los alrededores, atentos a la menor indicación.

Pidió un “pernod”, recostándose en el mostrador para beberlo.

La habitual clientela de turistas, “snobs” y gente de negocios llenaba a medías el local. Durante diez minutos no vio entrar a nadie sospechoso.

Entonces fue hacia la cabina telefónica.

Marcó el número de André, sin perder de vista la entrada.

—¿Es André? Soy su amigo de Cuba, el exportador.

—André no está. Ha ido a arreglar lo de ese envío de frutas. ¿Ocurre alguna novedad?

—Sí. Surgieron dificultades. Nuestro amigo ha descubierto la operación y hemos tenido que engañarle. No creo que dure mucho… He enviado a mi secretaria ahí. Debe llegar…

—¡Espere! Están llamando.

Volvió al cabo de un rato.

—Su secretaría está aquí con el encargo. No ha habido novedad. Pregunta por usted. ¿Qué la digo?

—Que espere ahí. Diga a André enseguida que la envíe cuanto antes donde le dije. Yo me las entenderé con nuestro amigo. Tal vez pueda calmarlo.

—¿Dónde está ahora?

—En la Plaza de la Opera, café Requior. Pero me voy. Le llamaré si consigo… ¡Un momento! Acaban de entrar tres de nuestros competidores… Sí, no cabe duda… Diga a mi secretaria que estoy bien y a André que veré lo que puedo hacer. Voy a entretenerlos…

Colgó el aparato despacio. Los tres hombres que acababan de entrar estaban escudriñando el local, con las manos significativamente metidas en los bolsillos de la chaqueta. Una sonrisa dura floreció en los labios de Luis de Soto. Este era el comienzo del último acto… para él.

Dejó la cabina, yendo recto al mostrador. Los tres hombres le vieron a un tiempo y maniobraron para cercarle.

Como si nada viese, Luis se encaró al camarero.

—Póngame un “pernod”. Y a estos señores, lo que quieran.

Evidentemente los desconcertó, por lo inesperado. Dos de ellos se le habían puesto a los lados, tipos de expresión dura y decidida. Uno de ellos gruñó por lo bajo:

—Será mejor que no intente tretas. Esta vez no le valdrán.

—No pienso hacer tal cosa. Sé bien cuándo me han cogido.

—Vamos, véngase con nosotros, y mucho ojo.

El camarero les miraba de reojo, interesado, también varios de los clientes a quienes parecía sospechosa la escena. Luis sonrió de nuevo. Su plan iba marchando.

—Permítame primero tomar una copa.

Cogió la que le servía el camarero, llevándosela a los labios.

—A su salud, señores. Y a la del dios Adolf…

—¡Calle la boca!

Luis obedeció la salvaje orden, dada en voz baja. Pero el camarero había oído. Y otros también.

Sonriendo, fue hacia la calle después de dejar un billete sobre el mostrador. Detrás suyo, se estaba haciendo el silencio…

Un "Buick" negro esperaba junto a la puerta, con un hombre al volante y otro en el interior. Los ojos de Luis distinguieron un subfusil en el rincón del asiento trasero cuando llegó junto a la portezuela. De haber intentado escapar lo habrían ametrallado, Dittmar ya no quería más fracasos…

—¡Adentro!

Un descapotable estaba doblando la esquina del *boulevard* de la Madeleine. Un solo hombre iba en él y pasó a escasa velocidad por junto al "Buick". Sonriendo, Luis se metió en el coche.

CAPÍTULO XII

EL "Buick" se detuvo al otro lado del río, frente a un chalet del *boulevard* St. Denis rodeado de amplio jardín, y Luis fue obligado a descender a punta de pistola. Los setos y arboleda del jardín impedían ver la escena desde la calle.

Uno de los aprehensores lo empujó rudamente.

—¡Andando!

Lo habían desarmado y esposado en el coche. Echó a andar hacia la puerta de la entrada, abierta y donde un tipo fornido estaba esperando.

El chalet no parecía deshabitado, a juzgar por los numerosos y buenos muebles del vestíbulo y la limpieza que reinaba. Lo condujeron hacia una puerta cerrada, donde uno de sus aprehensores llamó con los nudillos. Luego le hicieron pasar a dentro.

Dittmar se encontraba allí con otros dos hombres, cuyos rostros habían aparecido muchas veces en la Prensa durante los años 1933-45 y a quienes se había mentado a menudo en Nuremberg, aunque por entonces se les dio oficialmente como muertos. Helmuth von Matrach, ya muy calvo, pero aún con su típico aspecto de "junker", sus fríos ojos grises y su boca de cepo; Friedrich Ronner, delgado, con su aspecto de buitre, tan inconfundible, y un pasado de bestialidades en gran escala... El hecho de que ahora estuvieran juntos aquí, en París, donde si eran descubiertos su vida no valdría un miserable franco, era muy significativo...

Un violento empellón llevó a Luis delante de Dittmar, que estaba de pie mientras los otros dos permanecían sentados e impasibles.

—Vaya, se te acabó la suerte —dijo el coronel nazi con fría

suavidad.

—¿Tú crees? —se burló Luis. Y Dittmar se disparó con un destello homicida en las pupilas, pegándole en la cara y derribándolo. Ya en tierra continuó pegándole patadas hasta que Von Matrach lo frenó.

—¡Basta, Dittmar! Hay que interrogarlo.

—¡Levantadlo! —ordenó Dittmar retirándose un paso. Los dos que entraron con Luis lo levantaron, mareado y sangrando a causa de los golpes, a pesar de lo cual afrontó a su enemigo con fiereza.

—Muy digno de ti, Dittmar. ¿Por qué no viniste a pegarme cuando tenía libres las manos?

Pareció que Dittmar iba a echársele de nuevo encima, pero se contuvo con visible esfuerzo.

—Cuando acabe contigo, ni tu madre te reconocerá —barbotó —. Pero antes hablarás, hijo de perra. ¿Dónde está la Skobleska?

—Búscala…

Dittmar tomó de sobre la mesa que tenía al lado un corto látigo de cuero, partido en siete tiras a cuyos extremos había bolitas de plomo.

—Hablarás —dijo con ominosa sonrisa—. Nos dirás enseguida dónde está esa muchacha y lo que lleva consigo. ¡Desnudadlo!

Le arrancaron literalmente la chaqueta y la camisa a Luis, que aguardaba la tortura con fría sonrisa.

—Creí que conocías mejor a los hombres, Dittmar…

El látigo restalló sobre su cara y torso, casi cegándolo con un dolor insoportable. Apretó y chirrió los dientes para no gritar. Conocía los viejos procedimientos de la Gestapo y se preguntaba hasta cuándo podría resistir.

Esperaba un segundo latigazo, que no llegó. Von Matrach volvió a detener a Dittmar.

—Espere, este no es lugar adecuado, podría gritar y causarnos molestias. Llévenlo abajo.

Lo sacaron del cuarto, y lo condujeron por una escalera descendente a un pasillo flanqueado de puertas, a cuyo fondo, otra se abría sobre una amplia estancia alumbrada por electricidad. Las paredes aparecían desnudas, solo había una mesa y unas sillas baratas, pero las argollas empotradas en una pared, los

instrumentos de tortura puestos sobre la mesa y las oscuras manchas sobre suelo y paredes, aún frescas, le revelaron a Luis lo que le esperaba.

Sujetaron sus esposas a dos de las argollas y Von Matrach le habló con su helada suavidad.

—De Soto, usted es inteligente, conocemos su historia. Hasta hace poco los americanos lo han tachado de traidor y le causaron cuanto daño les fue posible. Nos consta que se ha metido en este asunto por casualidad y sin tener idea de lo que se trataba, pero que se le han hecho ofertas de perdón, sin duda, para decidirlo a ayudar a sus antiguos amigos. Nosotros podemos hacerle una mejor. Díganos dónde está Wanda Skobleska y lo que buscamos, le pagaremos cien mil dólares al contado y lo dejaremos en libertad…

Luis lo dejó hablar. Todos los minutos que lograra ganar eran preciosos. Cuando hubo terminado, se negó.

—Yo no traiciono…

Von Matrach hizo una seña y Dittmar avanzó. Brillaba en sus ojos una alegría satánica. Una, dos, diez veces el látigo de siete colas cayó sobre la cabeza, los hombros y la espalda de Luis, produciéndole un dolor agudísimo. Buscando un alivio momentáneo, recurrió al ardid de fingir un desmayo.

Pero Dittmar aún siguió azotándole hasta que lo detuvieron.

—Basta. Nada ganamos con pegarle sin que lo sienta. Háganle reaccionar.

Por tres veces se repitió la escena sin que Luís despegara los labios para una confesión. Estaba decidido a ganar tiempo, como fuese. Y los otros a que confesara.

Tras la cuarta paliza lo desataron, llevándolo a una silla y atándole las manos atrás. Luego, Dittmar le asió por los cabellos, doblándole la cabeza brutalmente, y le encendieron el foco sobre su cara.

La intensa luz casi le cegó, pero le impidieron cerrar los ojos. Y al otro lado, las voces implacables de sus torturadores repetían sin cesar las mismas preguntas: “¿Dónde está ella?” “¿Quién tiene los documentos?” “¿Dónde…?” “¿Quién…?”

¿Por cuánto tiempo? Había perdido la noción del mismo. La luz taladraba sus ojos, su cerebro, enloqueciéndolo. Se sintió gritar,

blasfemar debatirse… Manos implacables le sujetaban los párpados, impidiéndole cerrarlos, hasta que por fin se desmayó.

Una sensación de frío lo volvió en sí. Pero no abrió los ojos, gozando la grata oscuridad. Le dolían tremendamente, pero pudo comprobar que, aunque mal, podía ver. Permaneció acurrucado en el suelo sin moverse, sobro el charco de agua. Toda su espalda semejaba una brasa y la cabeza le daba vueltas locamente, impidiéndole aferrar las ideas.

A sus oídos embotados llegaron las palabras de sus verdugos.

—… Es duro de verdad, pero necesitamos su confesión a toda costa. Son ya las dos…

¡Las dos…! Los documentos y Wanda ya estarían a salvo, tal vez. André preparando su rescate… Estaba seguro de que les siguió un agente secreto basta la villa…

Alguien le pegó una patada en los riñones, haciéndole gemir involuntariamente,

—¡Ya está despierto! ¡Vamos!

Volvieron a ponerle bajo el foco. Volvieron a abrirle los ojos a la fuerza. Y entonces acudió una idea a su mente. Tal vez…

—¡Esperad! —casi aulló—. Yo… quiero hablar.

—¡Quitadle la luz!

Tuvo que pasar un rato hasta que pudiera darse cuenta de lo que le rodeaba. Dittmar y los otros dos le miraban apremiantes. Von Matrach habló.

—Me alegro de que al fin sea razonable. Se habría ahorrado muchas molestias. ¿Dónde están la muchacha y los documentos?

—¿No… no me torturaran más? Necesito… promesa… de que quedaré libre… y me ayudarán. Los “yanquees”… me matarán cuando sepan… que les traicioné.

No pudo ver la mirada que los otros cambiaron entre sí, pero la adivinó.

—Tiene nuestra promesa. Le enviaremos a lugar seguro en cuanto hable.

—Ellos… están en contacto… con Wanda. Tienen tres aviones… en Orly… partirán cuando les dé los documentos.

—Eso es verdad —habló Dittmar—. Teníamos noticias, ya lo saben, de que aviones militares estaban preparados para ello en

varios aeródromos.

—¿Dónde está ella?

—Tiene que… reunirse… en la puerta de Italia… con mi jefe… a las cuatro. Quedamos así… esta mañana.

—¿Cómo no le dio antes los documentos?

—Ella… no se fía… Llevará las películas… a cambio de un pasaporte… De allí irá con escolta… a Orly…

—¿Dónde se reunirán?

—En el café Raspail…

—Hablaste por teléfono con alguien poco antes de que te cogiéramos. ¿Con quién?

—Con mi jefe. Tenía que avisarle lo ocurrido en la joyería. Habíamos convenido que se nos reuniría allí…

—¿Por qué se separaron en la Plaza de la República?

—Yo… tenía que desviarles para que ella pudiera escapar… Digo la verdad… pueden comprobarlo si aún es tiempo…

—Y si no la dices, peor para ti —repuso Dittmar salvajemente —. Ya has tenido una pequeña idea de lo que hacemos con nuestros enemigos.

—Digo la verdad… Y espero que… que cumplan su palabra…

—Se la cumpliremos si la ha dicho, descuide —Von Matrach se encaró con Dittmar—. Llévese hombres de confianza y cerque la plaza. En cuanto aparezca una mujer de las características de la Skobleska, aprésenla y tráigala. No debe haber más fracasos, coronel.

—Puede haber mentido este…

—Si lo ha hecho, pronto lo sabremos. Llévenlo con los otros. Eso le hará pensar.

CAPÍTULO XIII

ESO le hará pensar…

Cuando la puerta de la celda se cerró a sus espaldas Luis se incorporó en la oscuridad. Le habían enviado de un empollón al suelo, tras quitarle las esposas. Sus ojos lacerados no podían ver bien, pero oyó una respiración fatigosa muy cerca y alguien le saludó con apagado acento.

—Hola, compañero…

Terminó de levantarse, reconociendo la voz.

—¿Eres tú, Chadwell?

—Y tú De Soto… Por fin te cogieron… Bueno, esto es el final.

Guiado por el ruido de su voz Luis fue a avanzar, pero la voz del otro le avisó:

—Ven por la derecha. Si no, tropezarás con Lisa… o lo que queda de ella.

—¿También la cogieron?

—Nos atraparon juntos, en la puerta trasera del “Ostrolenka”… De haber sabido lo que nos esperaba…

De Soto se acercó procurando no tropezar, hasta que uno de sus pies tomó contacto con su compañero.

—¿Tan mal os han tratado?

—Estuviste en la sala de tortura, ¿verdad?

—Sí…

—Y habrás probado el látigo, la luz sobre los ojos…

—Sí…

—Pues desde que nos atraparon, Dittmar se ha estado ensañando con nosotros. Ha utilizado todos los medios a su alcance para hacernos hablar… y sufrir. Tengo rotos los dedos de la mano izquierda, el cuerpo hecho una llaga y estoy medio ciego. Para hoy

me tiene preparadas cuñas de madera en las uñas. Es tan atento que nos anticipa el próximo suplicio…

—¿Y Lisa?

—Ahora está desvanecida y es una suerte para ella. Excepto romperle los dedos, la ha hecho pasar por lo mismo que a mí y cosas peores. ¡Maldita bestia sádica!

Luis se estremeció. También sentíase embargado de un odio intenso, animal, hacia Dittmar…

Chadwell le preguntó:

—¿Y tú? ¿Cómo te han cogido? ¿Acaso consiguieron los documentos?

—No, ni los conseguirán —hizo a continuación un relato detallado de sus aventuras desde que escapó del “Ostrolenka”, terminando—: A estas horas Wanda y los documentos están camino de los Estados y fuera del alcance de los interesados.

—Menos mal… —suspiró Chadwell—. Al menos, no moriremos en vano…

—Aún no hemos muerto, nos quedan dos horas de esperanza. Estoy seguro que uno de los nuestros me ha seguido la pista hasta aquí. André debe estar haciendo algo y tal vez consiga…

Se detuvo, parando oído. Alguien bajaba por la escalera hacia el pasillo y su paso no era muy normal.

Chadwell también lo oyó.

—¿Quién vendrá?

—No lo sé. Pero procuraré saberlo.

Se arrastró hacia la puerta, pegando oído al suelo.

Los pasos se habían detenido, pero oyó claramente una voz queda:

—¡Luis! ¡Luis!

Se envaró, no creyendo a sus oídos. Era imposible…

Pero, no obstante, habló fuerte:

—¡Aquí, Wanda!

Los pasos se acercaron aprisa, parándose al otro lado de la puerta.

—¡Luis! ¿Estás bien?

—Bastante bien. ¿Cómo has llega…?

—Ahora te lo contaré.

Sonó el ruido de algo introduciéndose en la cerradura y poco después, con un chasquido la puerta se abrió.

Wanda entró rápida, cerrando.

—¡Luis!

—¡Wanda!

La abrazó, sin acordarse de sus heridas, besándola a ciegas en la cara, en los labios… ¡Era tan inesperada, tan increíble, su presencia allí!

Ella se dejó besar y respondió a sus besos. Enseguida se desasió. Había notado algo.

—¿Te han torturado?

—Dittmar se entretuvo un rato conmigo… ¿Cómo es que estás aquí?

—Llegué a casa de André cuando telefoneabas —ambos se tuteaban sin notarlo—. No me dejaron ir con el que fue a seguir tu pista, pero cuando llamó diciendo dónde te habían metido no me pudieron detener. Hemos estado vigilando la casa desde hace dos horas y esperando a André. Luego, al ver que Dittmar salía con los otros, tuvo una idea. Si aún estabas vivo, había de ayudarte… Mi compañero me dejó para ir a telefonear a André, que estaba reuniendo gente para librarte, entonces me metí en el parque, fue cosa fácil pues llevo pantalones de hombre. Uno salió a mi encuentro, me hice la inocente preguntándole por unos tíos y lo encañoné antes de que pudiera hacer nada. Yo también sé cómo tratar a los criminales y terminó diciéndome que estabas en el sótano, aún vivo. Entonces lo dormí con un par de culatazos, lo amarré y amordacé y me metí en la casa. Hay tres hombres más, pero están jugando a cartas en un saloncito. Me deslicé hasta aquí sin que me oyeran. Y aquí estoy.

—¡Chiquilla valiente… y temeraria! —murmuró emocionado Luis. No sabía si alegrarse o dolerse de su acción—. Debiste haberte quedado fuera, hasta la llegada de los otros.

—Quería ayudarte… ¿Crees que podrás andar y pelear? Le quité la pistola al esbirro… Podemos salir y coger por sorpresa a los de arriba.

—No. No estoy solo. ¿Recuerdas la pareja que despistó a Dittmar? Están aquí conmigo y bastante maltrechos.

—Entonces nos quedaremos con ellos hasta que venga André —decidió firme la muchacha—. Toma…

Luis atrapó la pistola que le entregaba, y se sintió con nuevas fuerzas. Ahora ya no estaba indefenso, si era preciso morir moriría matando. Y con Wanda a su lado.

Chadwell habló entonces.

—Debería haber traído otra pistola para mí, aún me queda una mano sana. O un poco de agua. No hemos comido ni bebido desde ayer.

Wanda encendió un mechero y la débil luz hizo daño a los ojos de ambos presos. Su exclamación de horror y pena abrió los de Luis.

Chadwell yacía recostado contra la pared, vestido solo con unos pantalones destrozados. Todo su cuerpo era una llaga roja, sus ojos estaban atrozmente hinchados y su cara desfigurada por los golpes, la mano izquierda hinchada y tumefacta también.

A su lado, acurrucada en el suelo y medio desnuda, estaba Lisa. Espalda, brazos, piernas, pecho… aparecían surcados por las cárdenas estrías de los latigazos. Las puntas de plomo habían mordido cruelmente su carne; su pelo oscuro, esparcido sobre la cara, apenas ocultaba la tumefacción de sus facciones. Tenía los labios partidos, hinchados, sangrientos…

Luis murmuró una ronca maldición, apretando con fuerza la pistola. Como Dittmar se le pusiera a tiro…

Wanda se arrodilló junto a la inconsciente muchacha, levantándole la cabeza.

—¡Hay que hacer algo por ella, Luis! Está muy…

—¡Apaga la luz!

Voces excitadas sonaban fuera, en lo alto de la escalera. Wanda obedeció, poniéndose en pie de un salto.

—¡Han debido descubrir al que amordacé!

—¡Peor para ellos! ¡Quédate aquí!

Una violenta rabia fría llenaba sus venas, dándole nuevas fuerzas. Llegó a la puerta, abriéndola, y saltó al pasillo con la pistola preparada.

Los hombres que arma en mano bajaban la escalera no esperaban aquello. Antes de que sus propias pistolas encarasen a

Luis, la de este estaba enviando balas en su dirección.

Uno de ellos gritó, doblándose hacia delante y rodando escaleras abajo. Otro se encogió extrañamente, escurriéndose al suelo. Las balas aullaron en el estrecho pasillo buscando la carne de Luis, pero esto saltó de nuevo al interior de la celda. Una le alcanzó en pleno salto, atravesándole por entre las costillas y provocándole súbita debilidad. Cayó al suelo y alguien lo arrastró rápido al interior mientras otra bala le mordía la pierna derecha. Aturdido, vio a Wanda arrodillarse junto a la puerta y disparar hacia la escalera sin sacar la cabeza.

—¡No te expongas, Wanda?

—¡Tengo que contenerlos hasta que llegue André!

Y precisamente en aquellos momentos, André estaba llegando.

Los de fuera debieron oír su llegada, pero no le concedieron la importancia debida. Tal vez pensaron que era Dittmar quien regresaba. Solo salieron de su error unos segundos antes de ir hacia la eternidad.

El “tac, tac, tac” de un subfusil llegó a los oídos de los que resistían abajo en la celda, seguido del rumor de cuerpos cayendo. Luego, la voz de André llamó afanosa:

—¡Wanda, De Soto! ¿Están ahí?

Wanda salió al pasillo. Saltando sobre los cadáveres, André y dos hombres armados con subfusiles llegaron a su encuentro. El primero la miró fijo.

—Debería darle unos azotes —dijo con severidad admirativa—. Pero creo que comprendo sus motivos. ¿Dónde está De Soto?

—Ahí en la celda. También otros dos, un hombre y una mujer, Será mejor que uno de ustedes me de unos pantalones y una chaqueta para ella, antes de entrar. Está medio desnuda e inconsciente. Y busquen una ambulancia.

Luis salió arrastrándose al pasillo, provocando exclamaciones con su aspecto.

—Hola, André… Menos mal que llegaron a tiempo. Lisa y Chadwell están ahí dentro… deshechos a latigazos. Necesito atrapar a Dittmar.

—Déjelo de nuestra cuenta, usted ya ha hecho bastante. Randall, llame a los otros. Hemos de evacuar a estos heridos cuanto

antes.

El otro hombre ya estaba sacando los pantalones a uno de los muertos y se los alargó a Wanda, junto con su propia chaqueta. Otros dos hombres bajaron por la escalera, se pararon aturdidos al verle y uno exclamó, en francés:

—“¡Nom d’un nom!” ¿Qué le han hecho a usted?

—Darme un poco de medicina nazi. Vayan a esa habitación y verán…

Así lo hicieron ambos franceses junto con André, mientras que el otro agente vendaba las heridas de Luis. Regresaron con caras fruncidas cuando Wanda salía pidiendo ayuda.

—La muchacha ha vuelto en sí, pero tendrán que andar con cuidado, está muy débil…

Uno de los agentes americanos estaba sacando a Chadwell casi a rastras. Intentó sonreír al ver a su jefe.

—Hola… No creí volver a verlo…

Lisa venia desmayada en brazos de otros dos agentes. Todos los presentes mostraron indignada compasión al ver su aspecto.

—¿Qué les parece? —preguntó André a los franceses, muy impresionados.

—“La canaille” Hay que darles su merecido…

Con sumo cuidado, los tres torturados fueron conducidos al piso superior, planta baja de la casa, donde varios agentes secretos franceses montaban guardia muy bien armados y emitieron expresivas interjecciones al ver su aspecto. El jefe comenzó a dar órdenes aprisa.

—¡Llamen a una ambulancia! Decázes, que se pongan en movimiento todos los efectivos disponibles, hay que atrapar a esos tres individuos antes de que se enteren de lo aquí sucedido y puedan escapar…

Veinte minutos más tarde la ambulancia entraba en el jardín y los tres torturados fueron introducidos en la misma, acomodando en sendas camillas a Lisa y Chadwell, mientras Luis se sostenía, a duras penas, sentado y sostenido por Wanda, que todo el tiempo estuvo cuidándolo con actitud muy reveladora de sus sentimientos.

La última cosa que vio antes de perder el conocimiento, agotado por el intenso dolor de sus lesiones, cuando acababan de

acomodarlo en la ambulancia a su vez, fue el adorable rostro de la joven y sus bellos ojos esmeraldinos…

EPÍLOGO

EL avión surcaba el aire a través de la noche. Abajo, muy hondo, las últimas tierras francesas corrían hacia atrás, hundiéndose en la negrura. Enfrente brillaban, a la derecha, lejanas, las luces costeras inglesas…

Tendido en litera especial, Luis reposaba tranquilamente. Una venda cubría sus ojos lacerados y todo su cuerpo semejaba una momia egipcia.

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde su liberación. La mayoría las pasó presa de fiebre, luego de haber sido cuidadosamente curado en el hospital, de la aviación americana, así como Lisa y Chadwell, que estaban mucho peor que él. Ahora, él y Wanda iban a los Estados Unidos a bordo de un avión militar…

A las doce de aquella dramática mañana, comprobada la legitimidad e importancia de los documentos traídos por Wanda con tanto riesgo desde Polonia, habían partido, bajo escolta aérea de caza, directamente a los Estados Unidos, llegando sin novedad a donde con tanta ansiedad eran esperados.

Al regresar a su oficina. André había conocido lo que acababa de ocurrir en la rue de Rivoli y el sitio a donde llevaron a Luis. De inmediato movió todos sus resortes. Se averiguó enseguida que el edificio pertenecía a un apacible comerciante en aparatos de óptica, un lorenés llamado Baumgarten, establecido poco después de terminar la guerra y que había prosperado mucho. El tal Baumgarten había pertenecido al ejército alemán, pero desertó en las últimas semanas de la guerra. Ahora estaba entre rejas y sus negativas a declarar no iban a servirle de mucho, porque se le había podido probar que no era el verdadero Baumgarten, sino un antiguo agente de la Gestapo del mismo apellido, cuya misión, por lo visto, consistió en preparar uno de los muchos puntos de apoyo

secretos para la ulterior reorganización de la misma en la clandestinidad después de la catástrofe nazi.

André, con todo, no podía actuar por su cuenta en el asunto. Tuvo que ponerse en contacto con sus jefes más directos y estos con el Deuxiéme Bureau, que ya andaba escamado por lo ocurrido últimamente. Entre unas cosas y otras hasta las dos y media no pudieron rodear la finca y lanzarse al asalto de la misma, cuando ya se había perdido un tiempo precioso…

Precioso porque se lo dieron a los tres exnazis para escapar. Sin duda alguien había permanecido fuera de la casa aunque lo bastante cerca para advertir lo que ocurría. Ya fue un fallo no haberla rodeado antes de que Von Matrach, Ronner y Dittmar la abandonaran siguiendo la falsa pista que les diera Luis. Sea como fuere, cuando agentes del Deuxiéme Bureau y otros asignados al contraespionaje interaliado rodearon el lugar donde deberían encontrarse los exnazis, solo pudieron atrapar a dos o tres peces muy pequeños. Los tres más importantes se habían esfumado, advertidos con tiempo del peligro. Y podían disponer de cientos de escondrijos, de varias vías secretas de huida fuera del territorio francés, del mismo modo que de medios para huir.

Sin embargo, Klaus Dittmar tuvo mala suerte. Mala de veras, porque estaba a punto de subir a bordo de un avión de línea en el aeropuerto de Marsella, con destino a Sudamérica vía Casablanca y Canarias, cuando, justamente al llegar allí y apearse del automóvil que lo conducía, un camión del servicio postal fue atacado a pocos pasos por una banda de *gangsters*. El atraco resultó un completo fracaso, pero Dittmar fue alcanzado de lleno por una ráfaga de metralleta disparada por uno de los atracadores, que consiguieron huir en un automóvil robado, sin dejar rastros.

—Iban por él —fue el comentario de André—. Los grandes jerarcas nazis no toleran un fracaso como el suyo, que por poco cuesta la captura de dos de ellos. El atraco al camión postal fue un bonito truco, porque una vez muerto Dittmar los atracadores perdieron todo interés por el asunto.

Sí, aquellas gentes eran muy capaces de eso y más. Por lo mismo ahora Luis y Wanda abandonaban Francia en completo secreto. Cuando llegaran a los Estados marcharían en secreto a otro lugar perdido y allí recibirían nuevas documentaciones, nueva

personalidad. Lo que la muchacha, con ayuda de Luis, había logrado entregar a las autoridades americanas, valía muchísimo en todos sentidos, pero por lo mismo colocaba a la pareja como blanco de implacable venganza…

Luis sintió acercársele a Wanda y cómo su mano suave le acariciaba.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Pero me duele…

—¿Qué?

—No poder verte. Es el peor de mis suplicios.

Rio ella, de un modo gozoso y cristalino. Una risa como nunca le oyera. También se había liberado del miedo y la tensión.

—Tonto… —dijo suavemente. Y él le cogió la mano de sobre la frente, llevándosela a sus labios.

—¿Es que no lo crees? Tengo hambre de verte y miedo de que te vuelvas a escapar. Wanda, levántame un poco la venda.

—Nada de eso. El doctor ha dicho…

—El doctor es idiota. Quiero verte.

Hizo ademán de quitarse la venda y ella se lo impidió, sujetándole las manos.

—¡Estate quieto! Además, tiempo tendrás de verme.

—¿Quieres decir que no volverás a escaparte?

—Luis…

—¿Qué?

—Esta mañana, en casa del joyero, ibas a decirme algo cuando nos interrumpió. ¿Qué era?

El corazón y los pulsos le latían con fuerza a Luis. Notó cómo temblaban ligeramente las manos de Wanda sobre sus muñecas y el timbre ansioso de su voz.

—¿Esta mañana? ¡Ah, sí! Pues sí, quería decirte algo…

—¿Qué?

—Has de prometerme levantarme un poco la venda.

—No… No debo…

—O lo prometes, o no te lo digo.

—Está bien. ¿Qué… ibas a decirme?

—Solo esto. Que te quiero y deseo que te cases conmigo.

—¿Es… eso verdad?

—Tan seguro como que estamos volando. Te amo, Wanda, y te necesito. ¿Querrás ser mi esposa en cuanto lleguemos a los Estados y me cure? Te prometo ser buen chico y no volver a meterme en más líos… Y ahora, apártame la venda para que te vea y sepa lo que piensas de mi proposición.

—No, no voy a hacerlo. Pero sí a decirte en lo que pienso, Luis.

Y se lo dijo de tal y tan sabroso modo que Luis de Soto no se sintió con fuerzas para más exigencias. Después de todo, en las presentes circunstancias aquello colmaba con creces sus deseos…

FIN



LAS ARMAS DEL MAL

por Burton Hare

La calle estaba bien iluminada, pero en algunos lugares las palmeras que la bordeaban extendían zonas de sombra en las que cualquier cosa podía suceder, de manera que apresuré el paso lo suficiente para acercarme a la pareja sin que me vieran.

De repente escuché la voz del hombre, aunque no entendí lo que dijo porque habló en español. Wanda se detuvo en seco y dio la vuelta mirando a su perseguidor. Después comenzó a retroceder de espaldas, siempre acorralada por el hombre alto, y en el instante que penetraban en una zona de sombras, algo centelleó en la mano del desconocido.

No pude contener un juramento y eché a correr desesperadamente. En el m i s m o instante, Wanda gritó:

—¡Lester, socorro!

Eso la salvó, porque yo estaba todavía a cierta distancia y el criminal habría podido acuchillarla fácilmente antes de mi llegada. Pero el grito de la muchacha le desconcertó un instante. Miró a su alrededor y entonces me vio. Y yo ya llevaba la «Parabellum» en la mano y era lo bastante grande para distinguirla desde aquella distancia.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Sp